

Flórez Estrada, Álvaro, 1765-1853

**Representacion hecha a S.M.C. el Señor Don
Fernando VII / por D. Alvaro Florez Estrada.**

Lóndres : impreso por Enrique Bryer : se vende en la
Libreria de T. Boosey é Hijos, 1818.

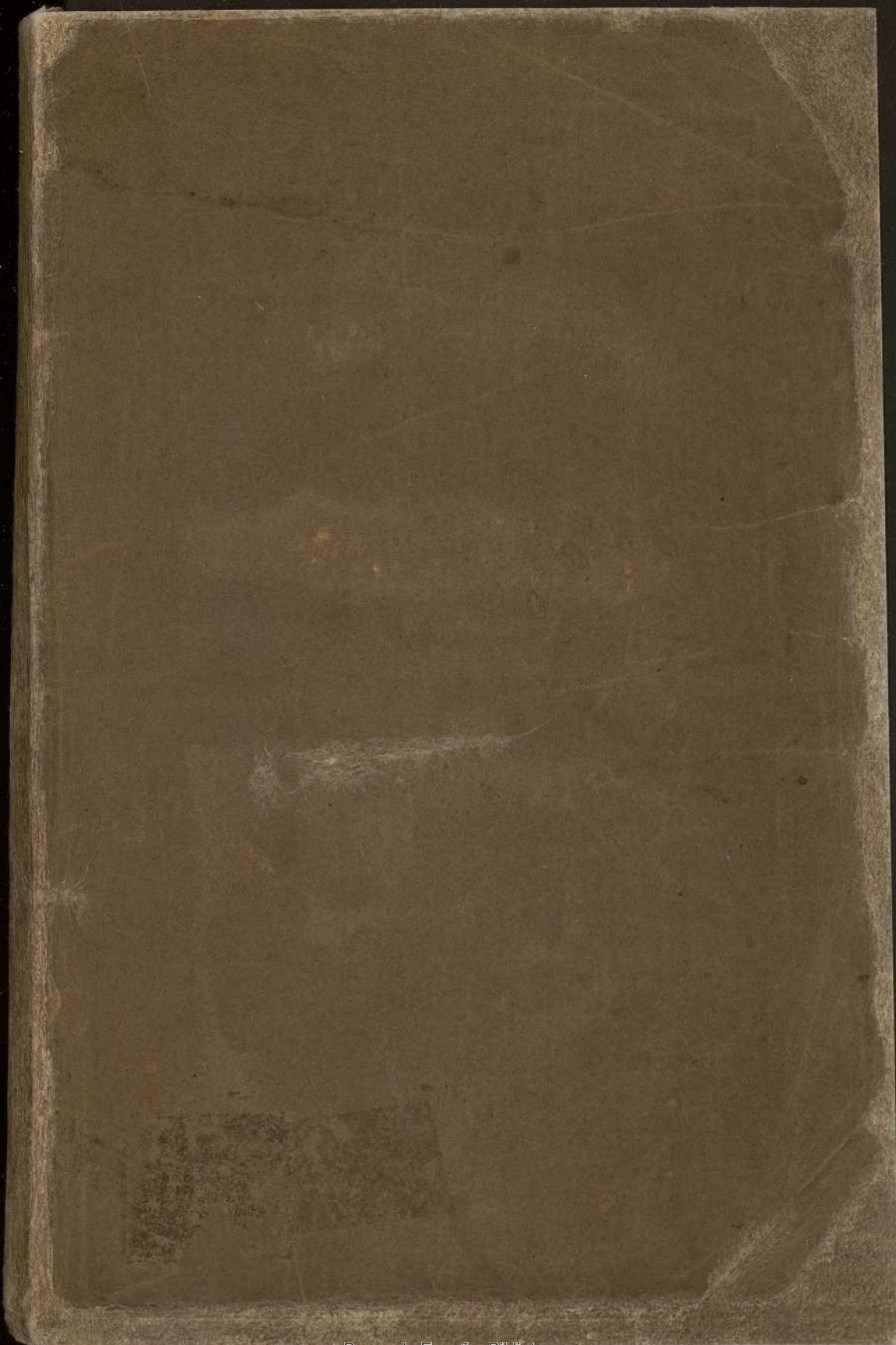
Signatura: FEV-AV-M-01140

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de
España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de
lucro siempre y cuando se cite la fuente*



3727

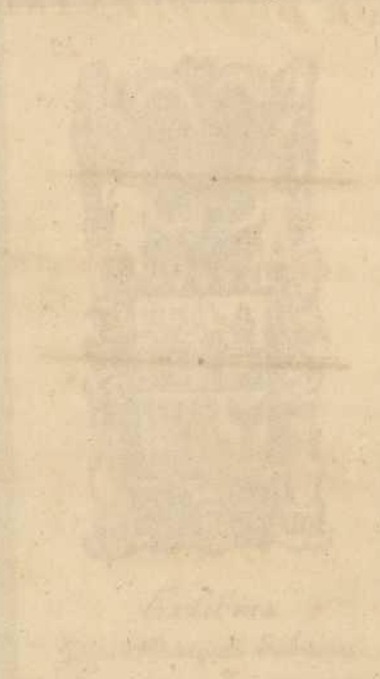


Exlibris
Jesús Rodríguez Salmones

Completo

CB 6000000128616

FEV-AV-M-01140



117

REPRESENTACION

HECHA A S. M. C.

EL SEÑOR DON FERNANDO VII.

POR D. ALVARO FLOREZ ESTRADA.

LONDRES:

Impreso por Enrique Brizer, en Bridge Street, Blackfriars.

SE VENDE EN LA LIBRERIA DE T. BOOSEY E HIJOS, NO. 4,
BROAD STREET, CERCA DE LA BOLSA.

1818.

REPRESENTACION

CONSEJO DE

EL SEÑOR DON FERNANDO VII

FOR D. ALVARO T. OCHOA-TRADA

EN BREVE:

EN VISTA DE LA LEY DE 1808 DE 19 DE ABRIL

DE 1808, CADA UNO DE LOS

1818

REPRESENTACION, &c.

SEÑOR:

AL cabo de quatro años, en que cada dia se aumentan mas y mas los males de la Nacion, es ya tiempo que V. M. escuche otra voz que la de los que han dirigido hasta aquí vuestras operaciones. Convencido de que no puede hacerse á la Nacion y á V. M. un don tan apreciable, como el de exponer sin disfraz alguno las verdaderas causas de tamaños desastres, me animo á elevar á vuestra Real Persona este humilde escrito, en que procuraré manifestar las mas principales.—Un momento, Señor, en que no tenga parte la corruptora influencia de los Consejeros, que (alterando los nombres de todas las cosas, llaman pequeñas debilidades á los grandes crímenes, y delitos atroces á las virtudes mas patrióticas) bastará para que V. M., conducido por la guia de su razon, la sola no interesada en engañarle, se penetre de su importancia, y escuche con serenidad el único idioma, capaz de reparar la opinion mancillada de V. M. y de salvar vues-

tra existencia política ; de libertar al pueblo español de los males que le oprimen, y de elevar la Nacion al rango que le correspondiera tener, bien gobernada. Me persuado que V. M. accederá á mi reverente súplica, pues que el último grado de depravacion es odiar la verdad, dicha sin sátira, ni sarcasmo, y mas quando tiene por único objeto la felicidad de millones de seres oprimidos.

Ne debe reinar, dice un Filósofo, el Príncipe que ignora estas tres cosas : *exercer su autoridad con arreglo á lo que dispongan leyes sabias : administrar imparcialmente la justicia á todos sus súbditos ; y hacer por si ó por medio de sus capitanes la guerra á los enemigos exteriores.* El libro de la Sabiduria, de cuya asercion no nos es permitido dudar, asegura, que si el príncipe administra, como corresponde, la justicia á sus pueblos, estos vivirán en paz y contentos, y aquel será colmado de bendiciones, no pudiendo consistir la verdadera gloria de un rey en otra cosa que en hacer la felicidad de sus súbditos. En efecto, Señor, sería un fenómeno, desconocido en la historia de los sucesos humanos, ver pueblos descontentos, y continuas sublevaciones contra un príncipe justo, y bien dirigido. Supuesta esta sola innegable máxima, ¡ quan terrible, Señor, es la consecuencia que se deduce al reflexionar en el general y alto descontento, que existe entre los individuos de

todas las clases del Estado durante el reinado de V. M. ! ¿Será necesario, para que no se dude aun del descontento, que yo intercale en este escrito la lista de los muchos, que, sin mas crimen que el de acercarse á pensar, y establecer lo que se piensa y ve establecido en las Naciones mas felices de la Europa, gimen en calabozos, de cuya descripcion se horroriza la humanidad, ocupan los presidios destinados para los criminales mas infames, ó sin Patria, sin amigos, sin fortuna, y sin ninguno de los encantos de la vida, mendígan en países extranjeros, en premio de los servicios mas relevantes, una subsistencia escasa, precaria, y llena de tribulacion y amarguras !* ¿Se ignora

* A fines de 1814 contextando á lo que anunciaban los periódicos de Londres acerca de la triste situacion de la España, *Don Pedro Labrador* publicó baxo su nombre en los de París un artículo, en que aseguraba que jamás la España habia gozado de un Gobierno tan sabio ; que jamas habia tenido una época de mayor prosperidad ; que jamas los Españoles habian estado mas contentos ; y que ninguna Nacion de la Europa gozaba de mayor felicidad. Tal es, Señor, la estúpida impudencia de los principales Consejeros de V. M. *La pauvre Espagne me fait pitié*, decía al mismo tiempo un Sabio Francés, expresion que tal vez deberia ser mas sensible á todo buen español que la continua befa que en los países extranjeros se hace del Gobierno y de los Consejeros de V. M. ¡ Desgraciado el Príncipe, cuyos Ministros osan infatuarle y adormecerle con un lenguaje tan impostor y mortífero, para hacerle el juguete de sus venganzas infames, ó de su desmedida ambicion, incapaz de competir por otro medio con los que señalan por víctimas.

que en solos quatro años de reinado, que lleva V. M., se ha derramado la sangre de varios héroes, que, no pudiendo resistir mas tiempo un poder absoluto, ilimitado é ilegal, se habian puesto al frente de diferentes partidos, para restablecer el imperio de la ley, del orden, y de la razon, que todos habiamos jurado defender, y sin el qual un rey ni puede ser poderoso, ni dejar de convertirse en un tirano? * ¿Se desconoce tampoco el modo clandestino, y vergonzoso con que ha sido executada la sentencia del dignísimo *Lacy*, cuya execucion, talvez mas que todo, manifiesta hasta la última evidencia el descontento de la Nacion? Las penas impuestas contra los crímenes, por aquel principio seguro de que *toda buena legislacion ántes debe procurar evitar los delitos, que reparar sus males*, tienen por primer objeto, no el castigo de los mismos criminales, sino el escarmiento oportuno de los demas individuos de la sociedad; son mas bien para exemplo de lo futuro, que para castigo de lo pasado. De otro modo tendrian un caracter de venganza, y por

* *Usurpador* es el que se apodera de la autoridad suprema, que por la ley correspondía á otro exercer, por mas que en su ejercicio no se exceda de lo que esta dispone. *Tirano* es aquel que, habiendo adquirido la autoridad suprema segun la ley, en su ejercicio contraria ó traspasa lo que esta dispone. *Déspota* es el que, sin contrariar ninguna ley del pais, exerce la autoridad suprema, no atenido á otra regla que su capricho.

lo mismo, quando las execuciones no son hechas públicamente, suponen con precision el descontento del Pueblo, igualmente que la injusticia, y el temor del que las decreta.

Para dar mayor claridad á mi Exposicion la dividiré en tres partes. En la *primera* recorreré muy rápidamente las circunstancias y sucesos de la salida, ausencia y vuelta de V. M. á España. Sin este prévio exámen sería imposible reconocer la conducta de V. M., y el fundamento de las quejas de vuestros súbditos: lo que V. M. tenía derecho á reclamar de la Nacion, y lo que ésta de V. M.—En la *segunda* procuraré hacer un bosquejo del estado actual de la Nacion. Sin él no sería posible graduar el acierto, ó los errores de las medidas del Gobierno de Vuestra Magestad, pues que en último resultado tanto los bienes como los males todos de una sociedad dimanar únicamente de sus leyes.—En la *tercera* séame permitido, Señor, exponer mi opinion acerca de las medidas, que debieran ser adoptadas para restablecer la felicidad de la Nacion, sin la que es un absurdo impío y grosero el querer persuadir que V. M. pueda ser un príncipe justo, poderoso, amado de sus súbditos y respetado de los extrangeros.

PARTE PRIMERA.

Por desgracia los reyes no son mas que hombres: es decir, como estos, sujetos á sus errores y á sus pasiones: á iguales inexperiencias, y á iguales necesidades intelectuales y físicas. Mas con la diferencia que en aquellos los defectos son mucho mas trascendentales, porque deben cuidar de la felicidad de los demas, y mucho menos disimulables, porque tienen muchos mas medios de evitarlos. Muy joven, (ó lo que es lo mismo, sin la prudencia, fruto exclusivo de los años y de la reflexion, y sin otro conocimiento del manejo de los públicos negocios, que el recibido por medio de un Canónigo, si se quiere, á proposito para dirigir un seminario de eclesiásticos, pero por desdicha muy poco apto para dirigir las operaciones de un príncipe), V. M. se vió colocado en el trono en una situación muy difícil de soportarlo con dignidad. Envuelto en disensiones intestinas, de las mas serias y funestas al reposo doméstico, al mismo tiempo que un Conquistador mañoso, osado, y con gran poder se hallaba dueño de las mas importantes Plazas de la frontera, y socolor de amigo, con exércitos aguerridos invadía la misma Capital, y el resto de la Nacion; las circunstancias eran sin duda muy escabrosas, y por lo mismo

todo error de cálculo político era perdonable á V. M. en aquella época. En efecto, la Nacion Española demasiado generosa, demasiado habituada á tolerar, y aun á disimular las faltas de sus reyes, demasiado inflamable á cierto género de heroismo*, demasiado ocupada de sus enemigos exteriores, y fuertemente disgustada no tanto de sus males, como de los autores de los desórdenes del anterior reinado, (pues como todo pueblo poco ilustrado, limitaba su odio al tirano, sin extenderlo á la tiranía), no se ocupó por entonces sino en el gozo de haber mudado de rey y por consiguiente, en hacer únicamente votos por V. M., llevando el prestigio al punto de considerar como un traidor de la Patria al que de buena fé no reputaba á V. M. por el primer héroe de la his-

* Esta propension que tal vez dimanará del genio de los Arabes, se echa bien de ver en casi todas nuestras comedias, fabricadas y acomodadas, como dice el gran Lope de Vega, al gusto y caracter del pueblo. Juventud, hermosura, alto nacimiento y sucesos trágicos eran los únicos ingredientes que los Españoles buscaban en sus héroes de Teatro y de Romance. Todo lo demas les parecía insufrible, ó quando menos impertinente. Estas circunstancias, que suponian en V. M., (y que su imaginacion, mas ardiente que reflexiva, abultaba aun, viendo un Príncipe recién salido de una prision, apenas colocado en el trono, y en el momento cautivo) formaron el prestigio que tal-vez mas que todo, contribuyó á no precaverse contra las insidias de los enemigos de la libertad.

toria. Pero al mismo tiempo no podia dejar de mirar como un crimen, ó quando menos, como el cúmulo de la fatuidad, el consejo de los que inclinaron á V. M. á que partiese para Bayona, dexando á la Nacion en la infeliz alternativa, ó de ceder á una vergonzosa su-mision, que detestaba, y que á toda costa quería repeler, ó la de ponerse en una verdadera anarquía, para elegir nuevas autoridades, y desechar las que V. M. había dejado, que, ó corrompidas ó intimidadas por las órdenes mismas de V. M., contrariaban los deseos del Pueblo, con tanto heroismo manifestados.

Aun los mismos autores, que han escrito mas en favor del poder absoluto de los reyes, suponen algunos casos, en que estos pierden la Corona, y entre ellos el uno es, quando el rey desampara la Nacion, pasándose sin su consentimiento á un pais extranjero. Hago, Señor, esta cita, no tanto para apoyar su asercion, que puede y debe sostenerse con razones mucho mas sólidas, que las alegadas por ellos, quanto para hacer ver á V. M. que en vano se fatigarían en buscar autoridades, ó en hacer raciocinios para apoyarse en ellos los que quiesesen decir á V. M. otra cosa. En todo Gobierno, sea de la clase que sea, libre, ó absoluto, existe una condicion, que no admite la menor suspension, pues de otro modo habría una imposibilidad absoluta de que existiese lo

qué se llama *Gobierno*. Tal es, de parte de los súbditos, obediencia al que ejerce el supremo poder: de parte de este, proteccion á aquellos, quando son atacados por un enemigo, ó interno ó externo. De aquí es, que aun los mas obstinados defensores del poder absoluto de los reyes se ven forzados á confesar que el rey, que desampara su Nacion, pierde la corona, pues que de otro modo aquella existiria en una verdadera anarquia sin gefe supremo que executase las leyes, y que diese proteccion al individuo que las reclamase. De aquí es tambien, que las leyes Inglesas sabiamente suponen que el rey nunca muere: que es un ente moral, que siempre existe; y que existe fisica y realmente, pues aunque muera la persona revestida de esta dignidad, no sucede lo mismo que con la muerte de la que se halla constituida en una autoridad subalterna, (cuyo reemplazo no se verifica sin nombramiento,) sino que otra persona es substituida por la ley en el mismo acto sin interrupcion ni lapso de tiempo, y sin necesidad de eleccion ni de fórmulas. De aquí finalmente el verdadero sentido moral del proverbio español: *A Rey muerto, ó depuesto, Rey puesto*.

V. M., arrastrado por consejos de hombres, á quienes mas bien quiero clasificar de ignorantes y débiles, que de pérfidos, y traidores á su Pátria, no solamente desamparó la Nacion en

el mismo momento, en que mas necesitaba ser protegida, quando un conquistador la invadia, sino que hizo una renuncia de todos sus derechos en favor del mismo conquistador. El abogado mas ardiente del poder absoluto de los reyes, *Barclay*, pone dos casos, en que un rey se destrona á si mismo. Repetiré sus palabras fiel y literalmente traducidas del latin. Hablando del segundo caso dice lo siguiente :

“ El otro caso es: quando un rey se hace á
 “ si mismo dependiente de otro, y sujeta el
 “ reyno, (que le habian dejado sus antecesores,
 “ y que el Pueblo había entregado libremente
 “ en sus manos), al dominio de otro: porque,
 “ aunque entonces no fuese su intencion per-
 “ judicar al pueblo, sin embargo, por este solo
 “ hecho él perdió la parte mas principal de la
 “ real dignidad, á saber, la de estar inmediata-
 “ mente baxo el supremo poder de Dios, y de
 “ ser solamente inferior á Dios; y tambien
 “ porque forzó á su pueblo, cuya libertad
 “ debía defender cuidadosamente, á ponerse
 “ baxo el poder y dominio de una Nacion
 “ extranjera. Por este acto él perdió todo el
 “ imperio, que tenia en su reyno, y no tras-
 “ pasa ningun derecho á aquel, á quien quería
 “ conferirle; y por este solo hecho deja á su
 “ pueblo libre absolutamente de su potestad,
 “ y en disposicion de hacer lo que quiera.”

Para los Consejeros de V. M. estas razones

son tales, Señor, que no pueden destruirlas, sin destruir al mismo tiempo todo el mal fundado edificio de sus impíos dogmas políticos. Mas como no escribo esta Representacion con el fin de que solamente sea leida por V. M. y sus Consejeros, para destruir con razones mas sólidas el fundamento, en que estrivan todos los vanos trabajos de éstos, me valdré ahora de la doctrina de un *Locke*, uno de los mayores hombres de la Inglaterra, y en la materia de que se trata, el primer oráculo del mundo sabio.

“ La entrega del pueblo, dice *Locke*, á la
 “ sujecion de una Potencia extrangera, sea
 “ hecha por el príncipe ó por el poder legisla-
 “ tivo, es una disolucion del Gobierno, porque
 “ siendo el objeto de todo Pueblo, al entrar en
 “ sociedad, formar una única comunidad en-
 “ tera, libre, é independiente, gobernada por
 “ sus propias leyes, nada de todo esto se
 “ puede verificar desde el momento en que
 “ sucede lo primero.”

“ Hay tambien otro modo de disolverse el
 “ Gobierno, y es quando el príncipe descuida,
 “ abandona, ó se pone en situacion de no
 “ poder exercer sus funciones, porque en
 “ qualesquiera de estos casos las leyes no
 “ pueden hacerse executar por sí mismas.
 “ En todos ellos demonstrativamente se vé

“ que la sociedad entera queda en una completa anarquía, porque quando dentro de ella no hay príncipe, que administre la justicia, que dirija la fuerza, que provèa á las públicas necesidades, que cuide de que cada parte del cuerpo político se halle en su debido lugar, exerciendo las funciones que le corresponden, entonces la sociedad no es mas que una multitud de hombres en confusion y desorden. Entonces las leyes no pueden ser executadas, y quando así sucede es lo mismo que si absolutamente no hubiese leyes, y un Gobierno sin leyes es un misterio tan inconcebible al entendimiento humano, como inconsistente en toda sociedad de hombres.”

“ Finalmente se disuelven los Gobiernos, quando el Poder Legislativo ó el Príncipe obran de un modo contrario á la confianza que se había hecho de ellos.”

“ En todos estos casos, el Pueblo queda en libertad de proveer para si, segun tenga por conveniente á su seguridad y mejor estar, ya mudando las personas, ya variando la forma misma de gobierno; porque la sociedad nunca debe perder por las faltas de otros el natural y primitivo derecho de su propia preservacion, la que únicamente se puede conseguir estableciendo un buen

“ cuerpo legislativo, y un poder ejecutivo,
 “ que fielmente execute las leyes hechas por
 “ aquél.”

Estoi, señor, bien seguro de que por mas que se apuren los Consejeros de V. M., en quantos libros se han escrito hasta el presente nada encontrarán, que contradiga esta doctrina, de la que se deduce que V. M. con su ausencia y renunciacion perdió la corona, y que la Nacion Española quedó en absoluta libertad de constituirse tal como tubiese por conveniente. Por lo mismo sería superfluo acumular otras pruebas y autoridades, para apoyar la doctrina establecida.

En tal estado de cosas, al cabo de dos años de guerra, *sin rey de hecho, ni de derecho*, por mas que se dixese ó se creyese otra cosa, los Representantes de la Nacion, elegidos con arreglo á lo determinado por el Gobierno Supremo entonces existente, conforme seguramente á la opinion general de los mas sensatos españoles, y sin duda del modo mas legal, que puede hacerse semejante eleccion, se reunieron en la Isla de Leon, uno de los pocos puntos libres de la dominacion Francesa. En su primera Sesion, y antes de pensar en los muchos peligros que los cercaban, declararon unánimemente á V. M. por *Rey de las Españas*. Por este reconocimiento ellos hicieron á V. M. el don de una corona, que V. M. había perdido,

y que aunque recibida de sus manos, era, sinó mas legítima que la anterior, á lo menos mucho mas decorosa, mas apreciable, y mas conforme á la razon. Despues de este acto, para que el don no quedase sin efecto, su único, grande, y continuo cuidado, al mismo tiempo que constitutían á la Nacion, ha sido, á costa de los mayores sacrificios, poner corriente y desembarazado ese mismo trono tan atacado entonces, y tan vergonzosamente abandonado antes. Como ninguno de sus enemigos ha tratado de desmentir esta verdad, sería superfluo el ocuparme en hacer ver este segundo é importantísimo servicio que hicieron á V. M.

Mas para que pueda resaltar el mérito de estos dos servicios, aunque yo no tengo el honor de contarme en el número de los individuos de tan digno Congreso, permítaseme, Señor, hacer ciertas observaciones, que aun procuraré presentar con cierto velo, para que no aparezcan con todo su verdadero colorido.

Ellos, sin que se les pudiese censurar de faltar á ley alguna, divina ó humana, se hallaban en absoluta libertad de *constituirse en una República, ó de nombrar un Rey* tomado de una *nueva dinastía*, mas precisado por lo tanto á someterse á la futura *Constitucion*, pues no tendría otros privilegios que reclamar, que los que ésta le concediese. Ellos no ignoraban que despues de las renunciias de Bayona, V. M.,

sin ser compelido, había dado desde Burdeos la proclama, en que encargaba á los Españoles someterse á Napoléon. Ellos sabían que V. M. había escrito á este desde *Valencey*, felicitándole por sus victorias; por la misma inauguracion de su hermano José; pidiéndole una sobrina para esposa; y solicitando el mando de una Division de sus Exércitos para el Señor Infante Don Carlos. Ellos todos habian visto el Decreto del Escorial y los motivos en él publicados y circulados á toda la Nacion por vuestro mismo augusto Padre. Ellos sabian que la renuncia de Aranjuez había sido hecha en medio de un tumulto popular, sin consentimiento de la Nacion, y aun sin la menor prévia fórmula de decencia; como si la Nacion no tubiese otro privilegio que el de obedecer al que se dixese haber ocupado el trono. Ellos finalmente eran sabedores que á los dos dias de este extraño suceso, vuestro augusto Padre había declarado nula la abdicacion, hecha en favor de V. M., de la que sería una contradiccion desentenderse, si obrasen atenidos únicamente al principio de *legitimidad*, por cuya sola virtud vuestros consejeros quieren suponer á V. M. rey de las Españas; pues si una Nacion no tiene facultades para elegir rey, aun quando este la haya abandonado, mucho menos podrá dejar de reconocer al que una vez hubiese

sido reconocido, mientras éste no le diga á ella misma que no quiere reinar mas tiempo.

No obstante todas estas consideraciones, de las que cada una era muy suficiente para hacerles titubear, ni uno solo estuvo perplexo en declarar á V. M. por rey de las Españas. ¿Qué méritos mas importantes, ni qué servicios mas voluntarios que los dos, podian haber hecho estos hombres en favor de V. M.? ¿Y es posible, Señor, que al dar en Valencia el decreto de exterminio contra todos ellos, conmutado despues, segun el lenguaje insultante á la humanidad, en la *indulgente sentencia de confiscacion de bienes, y encierros en Castillos, y presidios*; es posible, repito, que servicios tamaños y tan espontáneos, que por sí solos desmienten las imposturas todas de sus enemigos, no hayan sobrepujado en el corazon de V. M. á los supuestos crímenes, aun quando fuesen verdaderos, y aun quando á V. M. se le hubiese hecho creer, que era dueño de atropellar todas las leyes, que exísten entre los hombres? ¿Es posible que V. M. haya premiado el partido de los Consejeros que le persuadieron abandonar la Nacion y el trono, y que se hallaban mas ó menos manchados con juramentos y sumisiones al usurpador; y que castigase el de los buenos Españoles que salvaron á V. M. y á la Patria? ¿No es esto, Señor, dejar olvidados el dia de

la distribucion del botin, á todos quantos se hallaron presentes el dia de la batalla? ¿Heríase tanto la magestad de la justicia en perdonar crímenes figurados y ni siquiera en la apariencia comprobados, en atencion á servicios reales, é indudables? ¿Mancillábase tanto la Real prerrogativa, aun quando estos hombres hubiesen cometido algunos errores, en reconocer V. M. la obligacion comun á todo cristiano de decir con un corazon sencillo al Rey de los Reyes, *perdónanos, Señor, así como nosotros perdonamos?* Saber perdonar, quando hai lugar á la indulgencia, de la Real prerrogativa es, Señor, la parte mas dulce que puede exercer un Monarca.

No ignoro que el reconocimiento del beneficio es una confesion, quando menos tácita, de la superioridad del bienhechor, y que siendo los príncipes demasiado zelosos de la suya, suelen carecer, mas que el resto de los mortales, de la virtud del agradecimiento, que tanto estrecha á los hombres mas extraños, y que tanto endulza las miserias humanas. Pero, Señor, desde no reconocer el beneficio, hasta perseguirlo á sangre y fuego, la distancia es inmensa, y si la historia de los príncipes ofrece por desgracia repetidos exemplos de lo primero, no sé que presente un solo caso de lo segundo, aunque se recorran los anales de los

Emperadores de Oriente y Occidente, tan fecundos en persecuciones las mas atroces.

Pero prescindiendo de los servicios, que estos hombres hicieron á su patria y á V. M., exâminaré su conducta únicamente por el reverso, que sus enemigos han logrado presentarlos tan abominables á los ojos de V. M. ¿Quales son, pues, sus supuestos crímenes?—Como su causa, contra el uso comun de todas las Naciones civilizadas, no ha sido exâminada en ningun tribunal competente, ni incompetente, (habiendo sido condenados por un mero auto de V. M., lo que apenas se hace creible en los paises extranjeros, ¡tal es el horror que inspira!) parecerá acaso un empeño difícil. Sus mismos enemigos, despues de apurarse para hacerles judicialmente cargos, ó no han sabido, ó no han osado, tan buena era su causa, hacérselos; sin que ¡á pesar de eso V. M. hubiese vacilado en condenarlos á las penas, que se imponen á los mayores delincuentes de las clases mas baxas!!! En tal obscuridad, ó por mejor decir, en tal no existencia ni de acusaciones, ni de delitos, ateniéndome á lo que el partido enemigo por sus conversaciones, y aun por algun escrito, indicaba querer acriminarles, y á los motivos que V. M. expone en el Real Decreto de 4 de Mayo de 1814, debo suponer que son tres únicamente sus crímenes. 1º. *Haberse reunido en Cortes*: 2º. *haber*

*declarado que la soberanía residía en la Nacion :
3º. haber tratado de disminuir la autoridad del
monarca.*

Apenas es creible "que en el siglo XIX, y en una nacion de la Europa, hubiese necesidad de hacer la apología de millares de víctimas, condenadas á sufrir las miserias mas horrorosas, sin otra causa que estos tres figurados crímenes. La doctrina enunciada para demostrar la *facultad, que la Nacion tenia de constituirse*, desvanece completamente la criminalidad del primer cargo. Además, si era un crimen reunirse en Cortes, ¿cómo V. M. á la faz de la Europa hace á la Nacion la promesa vana de ellas? ¿Desde quando principió á considerarse como criminal esta idea en España, habiéndolas tenido por muchas centurias, y no habiendo cesado de existir, sinó por un efecto de la mas absoluta arbitrariedad, y desapareciendo siempre con ellas la libertad y la gloria de la Nacion? ¿Cómo es que aun despues de su abolicion, durante la época en que ya no se conocia en España mas legislador que el rey, todos los antecesores de V. M., quando promulgaban alguna ley, constantemente decian, que *tubiese igual fuerza, y vigor, que si hubiese sido hecha en Córtes?* Esta fórmula, aunque vana y ridícula por otra parte, ¿no indica á lo menos el respeto que se tenia en España á este cuerpo? ¿No supone en el rei un legislador interino; y que la necesidad impedía que se hiciese la ley

por el cuerpo, á quien únicamente correspondia legislar? Suponiendo que fuese un error creer que las Córtes pudiesen contribuir á la felicidad de la Nacion; ó suponiendo que debian ser celebradas (como se quiere aparentar por los Consejeros de V. M., pero baxo un sistema menos popular, que las reunidas en la Isla de Leon), ¿de aquí se debía inferir que los individuos de estas debian ser condenados por *reos de Estado*? ¿Con qué probabilidad de justicia se podrá regular en España, como un crimen de *lesa Magestad*, lo mismo que en la Nacion mas inmediata se establece entonces por su propio monarca para la felicidad de ésta, y seguridad del mismo trono? ¿Por qué servicios particulares se hicieron nuestros vecinos acreedores á recibir una *Constitucion*, y una *Representacion Nacional*; y por qué crímenes los Españoles nos hicimos indignos de conservar, ó mejorar la que teníamos? No olvide V. M. la gran leccion de Luis XVIII, quando segunda vez se vió forzado á salir de Francia:—obrando con la mayor sabiduria, no alegaba en su favor á la Nacion Francesa otro mérito, que haberle dado una buena Constitucion, y haber sido fiel á ella. Tal vez un rey no tiene que alegar otra cosa en su favor mas que ser fiel executor de las leyes. Y si V. M. se encontrase otra vez en igual situacion (que nada tendría de extraño, habiéndose repetido tantas veces en la

Europa en tan corto tiempo), ¿los Consejeros de V. M. propondrían alegar el restablecimiento del *tribunal*, enemigo implacable de las luces, y de todo hombre que hace uso de su razon : del *tribunal*, cuyo menor delito es tal vez escudarse con el nombre de la Divinidad, para cometer los atentados que mas la ofenden ?

Por lo que toca al 2º *crimen*, el mayor de todos en el concepto de los cortesanos, será forzoso detenerme algo mas, para desvanecer toda idea de criminalidad.

Estoy persuadido, Señor, que si uno por uno se preguntase á todos los consejeros de V. M. la idea que expresa la palabra *Soberano*, ó *Soberanía*, no acordarian dos de ellos en enunciarla de un mismo modo ; y á pesar de eso no escrúpulizan en suponer como un crimen de lesa magestad el decir que *la Soberanía reside en la Nacion*, ó que ésta es el único y verdadero *Soberano*.—Las palabras, consideradas como meros sonidos, careciendo naturalmente de toda significacion, no pueden tener bondad, ni malignidad alguna moral, ó política ; esta circunstancia no la reciben, sino despues que e uso les ha dado una significacion para comunicarse los hombres sus ideas, y hacer por su médio un recíproco cambio de pensamientos. Mas quando por la mala inteligencia de una palabra, por su inexácta aplicacion, ó por la dificultad de explicar con ella una idea com-

plexa, no se expresa, ni entiende su verdadera significación, el resultado viene á ser el mismo que si careciera de ella. Seria pues injusto ó equivocado juzgar en este caso del grado de bondad ó malignidad por el verdadero sentido de la palabra de que se hizo uso. ¡ Cuantas veces un niño, (desconociendo el verdadero valor de las palabras), para expresar la idea de *hermosa*, habrá llamado á su madre *prostituta*, y otro, *hermosa*, para expresar la de *prostituta* ! ¡ y quan equivocado seria el juicio que se formase de estos niños, por el verdadero sentido de las palabras, que habian usado ! Tal, en mi concepto sucede, en gran parte, en la graduacion del 2º. supuesto crimen.

La palabra *Soberano* quiere decir *super omnia* ; y por lo tanto quando el rey es dueño de las leyes, quando estas se hallan enteramente sometidas á su poder y voluntad, en fin, quando es dueño absoluto de vidas y haciendas, entonces se dice con rigurosa exâctitud que el rey es el *Soberano de hecho*. Mas si se verifica que el poder del rey esté sometido á las leyes, es un absurdo decir, que el rey es el *Soberano*, mientras á esta voz no se le dé el valor de otra idea diferente de la dicha ; ó es querer conservar el vano título de una voz, aplicada impropriamente. Si es un crimen decir que la *Soberania* reside en la Nacion, debe ser igual crimen decir *la Nacion tiene por rey á Fernando*

6 *Fernando es el rey de la Nacion*, pues no puede tenerse una cosa, sin que dexé de estar mas ó menos á disposicion del tenedor, y sin suponer de parte de este cierta superioridad. Se ha considerado como un crimen en las Cortes llamar al Exército y á la Armada *Nacional* en vez de *Real*. ¿ Por qué exâctitud de language no debe ser un crimen decir, el *Rey de la Nacion*, y debe serlo el decir, *el Exército de la Nacion*?—Tales inconsecuencias y absurdos no se descifran, Señor, sino confesando de buena fé que son el resultado forzoso de la irreflexiôn, ó de las pasiones mas exáltadas: estas solas pueden suponer crimen en las palabras, quando hay rectitud en los hechos.

Pero, Señor, dexando á un lado cuestiones abstractas, quando se trata de asuntos, cuya inteligencia interesa á todos, nada creo mas conveniente que exponer ahora á V. M., muy en compendio, la doctrina del citado maestro de quantos saben algo en este particular.

“ Aunque en toda sociedad bien ordenada,
 “ esto es, que obra para la preservacion de la
 “ comunidad, no puede haber mas que un su-
 “ premo poder, que es el *legislativo*, al qual
 “ todos los demas es forzoso que estén subor-
 “ dinados; sin embargo, no siendo el mismo
 “ poder legislativo, mas que un poder unica-
 “ mente *fiduciário* para obrar á ciertos y deter-
 “ minados fines, *permanece aun en el pueblo un*

“ *soberano poder para remover, ó alterar el legis-*
 “ *lativo*, siempre que vea que este obra en
 “ contra de la confianza de que se le hizo de-
 “ positario. La razon es, porque todo poder,
 “ concedido para conseguir un fin, es limitado
 “ á este fin, y siempre que es descuidado ó
 “ contrariado, es preciso que la confianza sea
 “ perdida, y por lo mismo el poder vuelve á
 “ las manos de los que lo dieron, quienes lo
 “ pueden colocar en otras, segun tengan por
 “ mas conveniente á su seguridad. De este
 “ modo la comunidad perpetuamente retiene
 “ un *Soberano poder* de salvarse á si misma de
 “ las empresas y proyectos de qualquiera per-
 “ sona, ó cuerpo, aunque sea el de sus legisla-
 “ dores, siempre que estos sean tan estúpidos,
 “ locos, ó malos, que atenten contra las pro-
 “ piedades ó libertad del individuo; porque no
 “ teniendo ningun hombre, ni sociedad de
 “ hombres poder ó facultad para abandonar
 “ y entregar su conservacion, y por consi-
 “ guiente sus medios, á la absoluta voluntad y
 “ arbitrario dominio de otro, siempre que in-
 “ tenten ponerla en una tal condicion de es-
 “ clavos, el pueblo tiene derecho de preservar
 “ todo aquello de que él mismo no ha podido
 “ desprenderse, y desechar á todos aquellos,
 “ que invaden la ley fundamental, sagrada, é
 “ inalterable de la propia preservacion, por la
 “ que él entró en sociedad. De este modo y

“ baxo de este respecto *el poder soberano siempre reside en el pueblo.*”

“ Por iguales razones el poder legislativo es
 “ sagrado é inalterable en aquellas manos, en
 “ donde la comunidad una vez lo ha colocado,
 “ y de las quales no puede ser retirado, á no
 “ ser por la misma comunidad. Ningun edicto
 “ de qualquiera otro cuerpo, poder, ó persona,
 “ sea la que sea, en qualquier forma ó manera
 “ que sea concebido, puede tener fuerza de
 “ ley, sin que tenga su sancion de aquel cuer-
 “ po legislativo, que el pueblo ha elegido,
 “ porque sin tal circunstancia, á la ley le fal-
 “ taría una condicion, absolutamente nece-
 “ saria para poder ser ley, *el consentimiento de*
 “ *la sociedad*, sin el qual y sin autoridad reci-
 “ bida de ella, nadie puede hacer leyes. Por
 “ tanto, toda obediencia, que por los mas so-
 “ lemnes vínculos qualquiera persona sea obli-
 “ gada á prestar, termina últimamente en este
 “ *poder supremo*, y es dirigida por las leyes que
 “ de él dimanar, sin que ningun juramento, ni
 “ autoridad pueda dispensar á ningun individuo
 “ de la sociedad de obedecer al *legislativo*, mi-
 “ entras obre conforme á la confianza, que de
 “ él se hizo, ni á hacer nada contrario á las
 “ leyes de él dimanadas, ni nada mas de lo
 “ que ellas ordenen ; siendo una cosa ridícula
 “ suponer que un individuo pueda ser obligado

“últimamente á obedecer un poder en la sociedad, que no sea el *Supremo*.”

“Mientras subsiste el gobierno, en todos los casos el *poder legislativo* es el *poder soberano de hecho*, porque nadie puede dar leyes á otro, sin ser superior, y el *poder legislativo* no de otro modo puede ser legislativo, que por la facultad que tiene de hacer leyes para todas las partes, y para cada miembro de la sociedad, prescribiendo reglas á sus acciones, y dando el *poder de ejecutarlas*. El *poder legislativo* es, por lo mismo, forzosamente el *poder supremo ó soberano de hecho*, y todos los demás son dimanados y subordinados á este.”

Tal es, Señor, la doctrina incontrarrestable, no solo de uno de los primeros sabios de la Europa, que ni ha sido jacobino, ni revolucionario, antes bien muy apreciado y honrado por su rey; sino de todos los hombres que piensan. Tratar de contrariarla en la actual época haría poco honor á las luces ó á la probidad del que lo intentase; mas querer condenar como *reos de Estado* á sus partidarios es el frenesí de la arbitrariedad, ó de la ignorancia.

Por lo que toca al 3º cargo, responderé á los sicofantas de V. M. lo que el sábio y piadoso Fenelon, Arzobispo de Cambray, decía á los de su tiempo. “¡Desgraciado el pueblo, que no tenga leyes escritas, constantes y consagra-

“ das por toda la Nacion ; que sean superiores
 “ á todo ; de las que los reyes reciban toda su
 “ autoridad ; por las que se les conceda hacer
 “ todo el bien posible, y no se les autorice para
 “ hacer ningun mal ; y contra las quales nada
 “ puedan ! Ved aquí lo que los hombres, sino
 “ fuesen ciegos, y enemigos de sí mismos, esta-
 “ blecerían unánimemente para la felicidad de
 “ los pueblos y de los monarcas. El despotismo
 “ baxo qualquiera forma que se manifieste,
 “ camina á su propia ruina, porque los pue-
 “ blos no pueden tomar interés en conservar y
 “ defender un estado, en que son esclavos.”

Por mas respetable que sea el testimonio de
 este virtuoso Prelado, ornamento de su Pátria,
 sin embargo no puedo menos de recordar á
 V. M. otros dos testimonios, aun menos excep-
 cionables quando se habla á un rey. “ El
 “ príncipe, (comienza nuestro *Código Viso-*
 “ *godo*), debe ser el mas obediente á la ley, y
 “ por lo mismo antes de hacer leyes para los
 “ pueblos, conviene hacerlas para el monarca.”
 El Rey Jayme I. de Inglaterra, en sus *discursos*
al Parlamento en 1603, y 1609, á pesar de ser
 bien zeloso de su autoridad, se expresa del
 modo siguiente :—“ Yo prefiero la riqueza, y
 “ la felicidad de la comunidad, á todos mis
 “ otros deseos, pues conozco que el bien y
 “ riqueza de la comunidad es mi mayor ri-
 “ queza y felicidad mundana, un punto, en el

“ que un rey legítimo se diferencia directa-
 “ mente de un tirano: porque sé que la dife-
 “ rencia, que hay entre un rey recto y un
 “ tirano, es que el orgulloso tirano juzga que
 “ su reino y pueblo son únicamente ordenados
 “ para satisfaccion de sus deseos, y brutales
 “ apetitos, y el rey justo, por el contrario,
 “ conoce que él está ordenado para procurar
 “ la riqueza y prosperidad de su pueblo. El
 “ rey se liga á sí mismo, por un *juramento*
 “ *doble*, á la observancia de las leyes funda-
 “ mentales de su reyno: *tácitamente*, por el
 “ solo hecho de ser rey, pues como tal está
 “ obligado á proteger el pueblo, igualmente
 “ que las leyes: y *expresamente*, por el jura-
 “ mento, que hace en su coronacion, por el
 “ qual se obliga á observar el pacto hecho al
 “ pueblo por medio de las leyes. Por lo tanto,
 “ un rey deja de ser rey, aunque siga gober-
 “ nando, y degenera en un tirano inmediata-
 “ mente que dexa de gobernar conforme á las
 “ leyes. Por consiguiente, todos los reyes, que
 “ no son tiranos, ni perjuros, estarán muy con-
 “ tentos en someterse á los límites de las leyes,
 “ y á no salir de ellos: y aquellos, que les per-
 “ suadan otra cosa, son víboras y peste, tanto
 “ contra los mismos reyes, como contra la
 “ comunidad.”

A pesar de la opresion, en que ha quedado
 la España desde la guerra de las *comunidades*

de Castilla, en la que ha perecido su antigua libertad con todos sus heróicos defensores, en teoria jamas se dexó de decir que el rey debía estar sometido á las leyes, y obligado á mantener los fueros, y privilegios de los pueblos, conforme al juramento hecho en su coronacion. Jamás, Señor, en época anterior hubo Españoles tan esclavos, que hubiesen tenido un language tan degradante á la razon, y á la humanidad, como el de los sicofantas de V. M., quando afirman que el rey es dueño absoluto de todo, y que su autoridad no debe estar sometida á traba ni ley alguna, con el vano pretexto de que de otro modo se hallaría incapacitado de hacer todo el bien posible.

Señor: deseche V. M. quanto antes de su lado á semejantes impostores, y dígnese consultar á la experiencia, que es mejor maestro, y á una sana razon, que es guia mas segura. Entre los Reyes todos del mundo, aunque en un principio con muchos menos medios que Francia y España, ninguno es mas honrado, ni mas feliz, ninguno tan rico y poderoso para hacer el bien, como el rey de la Gran Bretaña; únicamente, porque las leyes le imposibilitan, mas que á ninguno otro, de extraviarse de los límites que le tienen concedido, y de perjudicar á sus súbditos. Desde el establecimiento de su actual feliz *Constitucion*, ninguna otra Nacion ha disfrutado igual tranquilidad, igual

industria, igual riqueza, tanto patriotismo, tantas luces, ni tanta gloria. En esta Nacion, pues, tan grande por todos respectos, cuya conducta no puede menos de tomar por modelo el rey, que desee hacer la felicidad de la suya, quando se trata de las facultades que el monarca debe disfrutar, no se halla tal vez una persona sensata, que difiera de las opiniones enunciadas por *Locke*, quando habla de la *prerrogativa del rey*, cuyo extracto creo aqui muy oportuno, á fin de que V. M. se desengañe de la ninguna criminalidad del 3º supuesto cargo.

“ Quando el *poder legislativo y ejecutivo* es-
 “ tán en distintas manos, (como lo estan en
 “ todas las monarquias moderadas, y en todos
 “ los demas gobiernos bien fabricados), el bien
 “ de la sociedad exìge, que varias cosas que-
 “ den á la discrecion de aquel, que tiene el
 “ *poder ejecutivo*; porque no pudiendo los *le-*
 “ *gisladores* preveer todo lo que puede ser util
 “ á la sociedad, y de consiguiente no pudiendo
 “ hacer leyes para en este caso, *el executor* de
 “ estas, teniendo el poder en sus manos, por la
 “ ley comun de la naturaleza tiene derecho de
 “ hacer uso de él, para todo lo que sea en be-
 “ neficio de la sociedad, mientras el *legislativo*
 “ pueda reunirse, y proveer oportunamente.”

“ Este poder ó facultad de obrar en bene-
 “ ficio del interés público á discrecion, sin ley

“ que lo prescriba, y aun alguna vez contra la
 “ misma ley, es lo que se llama *prerrogativa*.
 “ Ciertamente es muy conveniente que así se
 “ verifique; porque el *poder legislativo* no
 “ siempre se halla reunido, es demasiado nu-
 “ meroso, y demasiado lento para proveer con
 “ la rapidez, que exige la execucion: ademas,
 “ es imposible preveer, y legislar para en todos
 “ los accidentes, que interesen al público, y
 “ hacer tales leyes que no perjudiquen, si son
 “ executadas con un inflexible rigor en todas
 “ ocasiones. Por todo esto, debe dejarse al
 “ *poder executivo* una latitud para hacer á su
 “ discrecion muchas cosas, que las leyes no
 “ prescriben.”

“ Este poder, mientras empleado para bene-
 “ ficio de la comunidad, y por consiguiente
 “ conforme á la confianza y fin de todo go-
 “ bierno, es *prerrogativa* indudable, y nunca
 “ disputada, porque el pueblo ó rara vez, ó
 “ jamas es escrupuloso, ó delicado en este
 “ punto. Nunca trata de exâminar la *prerro-*
 “ *gativa*, mientras ésta es empleada de un
 “ modo tolerable en el uso, para que ha sido
 “ destinada, á saber, para el público beneficio,
 “ y no manifestamente en sentido contrario.
 “ Mas si viene á suceder que se dispute entre
 “ el *poder executivo* y el pueblo, acerca de si tal
 “ cosa es ó no *prerrogativa*, la tendencia de la

“ tal *prerrogativa* ácia el bien, ó el perjuicio
 “ del pueblo facilmente decidirá la cuestion.”

“ Sencillamente se concibe, que en la in-
 “ fancia de los gobiernos, las sociedades se
 “ diferenciaban poco de familias, así por el
 “ poco número de hombres, como de leyes.
 “ Entonces siendo los gobernadores como pa-
 “ dres, que cuidaban de sus intereses, el go-
 “ bierno era casi todo *prerrogativa*. Pocas
 “ leyes eran suficientes, todo lo demas era su-
 “ plido por el cuidado y discrecion del gober-
 “ nante. Mas luego que los errores, ó la adu-
 “ lacion dominaron á príncipes débiles, (para
 “ convertir éste poder en objetos suyos parti-
 “ culares, y no en utilidad general de la comu-
 “ nidad) *el pueblo* se vió precisado á hacer
 “ leyes para determinar y limitar la *prerroga-*
 “ *tiva* en varios casos, en que sus antepasados
 “ habian dejado ámplia latitud á la sabiduría
 “ de aquellos Príncipes, que no habian abu-
 “ sado de ella, esto es, que únicamente la ha-
 “ bian usado para el bien de su pueblo.”

“ De aquí es que tienen una idea muy equi-
 “ vocada de lo que es un gobierno, los que
 “ dicen que el *Pueblo* ha usurpado parte de la
 “ *prerrogativa*, quando ha conseguido que fuese
 “ definida y determinada por leyes positivas.
 “ El pueblo, en obrar de este modo, no arranca
 “ ni despoja al príncipe de una cosa, que por

“ derecho le perteneciese, sino que única-
 “ mente declara, que aquel poder ó facultad,
 “ que indefinidamente había dexado en sus
 “ manos, ó en las de sus antecesores, para que
 “ la exerciesen en beneficio público, no era
 “ una cosa que intentaba dexarle para apli-
 “ carla á un objeto diferente. Siendo el fin
 “ de todo gobierno el bien de la comunidad,
 “ cualesquiera alteraciones, que sean hechas
 “ con el objeto de conseguir este intento, no
 “ pueden ser una usurpacion hecha á ninguna
 “ persona; pues que nadie puede tener un
 “ derecho para tratar de gobernar con otro
 “ fin; y por consiguiente no puede haber otras
 “ usurpaciones, que lo que perjudica, ó impide
 “ el bien público. Los que se expresan de
 “ otro modo, hablan como si el príncipe tu-
 “ biese un interés distinto y separado del bien
 “ de la comunidad, y como si aquel no fuese
 “ hecho para el Pueblo. He aquí el origen
 “ de donde dimanar todos los males, y desór-
 “ denes, que suceden en los gobiernos monár-
 “ quicos.”

“ Ciertamente, si esto fuese como tales hom-
 “ bres pretenden, el pueblo, baxo tal gobierno,
 “ no sería un conjunto de criaturas racionales,
 “ que hubiese formado una sociedad para con-
 “ servar y promover aquel bien. Debería ser
 “ considerado como un rebaño de criaturas de
 “ un orden inferior, baxo el dominio de un

“ dueño, que las guarda, y hace uso de ellas
 “ únicamente para su placer y utilidad. Si
 “ los hombres son tan faltos de razon, y tan
 “ brutos que entren en sociedad baxo tales
 “ términos, la *prerrogativa* puede ser sin duda
 “ un poder arbitrario de hacer cosas perju-
 “ diciales al pueblo. Mas si se supone que
 “ una criatura racional y libre no puede po-
 “ nerse baxo la sujecion de otro, para que este
 “ le haga daño, la *prerrogativa* no puede ser
 “ nada mas que *permitir* el Pueblo á sus go-
 “ bernantes hacer algunas cosas, en donde la
 “ ley está silenciosa, y algunas veces aun con-
 “ tra el texto de la misma ley, siempre que
 “ sea por el bien público, y que *asienta* á ello
 “ despues de hecho.”

Tal es, Señor, la doctrína constantemente
 seguida en la Nacion mas sabia, y mas feliz, á
 cuyo frente se halla el mas poderoso monarca
 del orbe. ¿Y será posible que vuestros Conse-
 jeros hayan podido seducir á V. M. hasta el
 punto de hacer castigar, como reos del mayor
 crimen, sin ser oidos, ni juzgados, á los que
 trataron de seguirla en parte, marcando algu-
 nos límites á las facultades de V. M. con el fin
 de engrandecer por este único medio conve-
 niente, el poder y prosperidad de su Nacion y
 de consiguiente de su rey? ¡Ante sus ojos la
 sabiduria y la experiencia no son mas que
 debilidad y locura, y en sus códigos criminales

el verdadero patriotismo no es sino el mas imperdonable de los crímenes!

Tal vez se pretenderá ahora suponer que los Diputados de Cortes no han sido castigados por haber limitado las facultades del rey, sino por haberlas limitado demasiado. Suponiendo que esto fuese cierto, ellos, como se ha visto, no se habrian excedido de sus facultades, pues se hallaban en el caso de constituir la Nacion, como tubiesen por conveniente, segun la doctrina misma de los mas acérrimos defensores del poder absoluto de los reyes. Mas aun quiero suponer, que no tubiesen facultades para disminuir tanto la *Real Prerrogativa*, ¿por qué principios de justicia se podia aun en este caso considerar el exceso como un crimen, y no como un error? ¿Porque no reparar la falta sin destruir el todo, y sin despojar á la Nacion de la parte de derechos, en cuya declaracion no se habian excedido?

Mas ateniéndonos á la verdad de los hechos obscurecidos, ó desfigurados, por haberse negado á semejantes víctimas (contra lo que dicta la humanidad y las leyes de los paises aun mas bárbaros) todos los medios de justificarse; lo cierto es, Señor, que ellos con muy corta diferencia han dexado á V. M. las mismas facultades, con que por la Constitucion Inglesa se halla revestido el rey de la Gran Bretaña. En dos solas cosas habian limitado mas á V. M.; la una era que el rey de la Gran Bretaña tiene

el *veto* absoluto, y por la Constitucion Española este era concedido al rey por solos tres años, pasados los cuales, estaba precisado á sancionar la ley que tubiese esta fecha: la otra era que el rey de la Gran Bretaña tiene la facultad *de hacer la paz, declarar la guerra, y formar tratados de alianza*, y por la Constitucion Española el rey podía *hacer la paz y declarar la guerra*, mas no podía *formar tratados de alianza*, sin el consentimiento ó aprobacion de las Cortes. En todo lo demas V. M. por la Constitucion quedaba con iguales facultades que el monarca Inglés. ¿Y será, creible que á unos hombres, á quienes dos veces V. M. debía el trono, gratuitamente concedido, y heróicamente conquistado, sin mas motivo que el de haberlo constituido tal como lo tiene el monarca mas poderoso y feliz, se les haya condenado á las penas mas infames, dictadas por aquellos mismos, que habian vendido la Nacion, y que habian inducido á V. M. á la mas vergonzosa desercion, y á los desaciertos é injusticias de resultados los mas perniciosos? Si no se reparan, Señor, quanto antes tan incalculables males, la posteridad presentará la historia de vuestro reynado como la mas importante leccion, para penetrarse de los infalibles desastres de la ingratitud y del delirio.

Vagamente y sin el menor fundamento se ha acusado al partido de las Cortes, como sucede

siempre con un partido destruido é indefenso, de que era compuesto de *Jacobinos* y *Jacobinos de la peor descripcion*. Esta acusacion es tan ridícula, y tan gratuita, si la palabra *Jacobino* expresa alguna idea de cosa reprehensible, que estoy bien seguro de que nadie es capaz de presentar el menor hecho, que lo compruebe. Si por *Jacobinos* se entiende Democratas furiosos, detestando todo gobierno monárquico, ó hombres exáltados por el mando y por riquezas, sin reparar en los medios de la adquisicion, ó libertinos sanguinarios; nada de todo esto se puede comprobar con el menor hecho, que tenga tendencia á semejantes planes. En España por el gobierno anterior al establecimiento de las Cortes, se había encargado á todos los sabios y corporaciones, escribir y presentar planes para constituir la Nacion, y ni durante este tiempo, ni despues quando se hallaba establecida la libertad de la imprenta, no se ha presentado un solo plan para constituir la Nacion en un gobierno Democrático. Los Diputados de Cortes unánimemente en su primera sesion declararon, que el gobierno sería monárquico; y despues hicieron una Constitucion, por la qual el rey quedaba con iguales facultades, (á excepcion de las dos pequeñísimas limitaciones, de que se ha hablado) que la Constitucion Inglesa concede al monarca. Los Diputados han confirmado una ley

de nuestras antiguas Cortes, para que ningun vocal de ellas, mientras lo fuese, y durante dos años despues, pudiese tener empleo alguno concedido por el gobierno. Ellos ni atacaron la religion, ni sus ministros, á pesar de la gran reforma que de estos se necesitaba hacer en España, y que las Cortes mismas conocian. Aunque, como es natural, quando se atacan abusos añejos, tenian muchos enemigos, y tan osados, que las han insultado por una abierta desobediencia á sus leyes, jamas se ha impuesto castigo alguno á semejantes hombres. Si las Cortes tienen algun verdadero crimen, seguramente es su lenidad en esta parte, el extremo opuesto de la idea que se quiere dar á la palabra *Jacobinismo*. Entre todas las revoluciones políticas, acaso la Española es la única verificada sin haberse derramado la sangre de un solo individuo. Siendo todos estos hechos notorios, é innegables, ¿baxo qué otra confianza, ni garantia, que la de hablar contra hombres decapitados, sepultados en calabozos, ó prófugos, se podrá decir que sus individuos eran *Jacobinos de la peor descripcion*?

Para concluir esta 1.^a parte de mi exposicion dignese, Señor, V. M. escuchar una corta exposicion de lo mucho que se puede decir en favor de un número mucho mas crecido de otros Españoles, que aunque no fueron individuos de las Cortes, han sido castigados con

igual severidad, y una clase de ellos aun con menos apariencia de justicia. Estos, lo que apenas parece concebible, pertenecian á dos partidos igualmente opuestos que los castigados y premiados, de que acabo de hablar. Unos son los llamados *liberales*, ó adictos constantemente á la causa de la independencian Nacional, y á las nuevas instituciones establecidas por las Cortes; otros son los llamados *afrancesados* que, ó habiéndose pasado al servicio de los Franceses lo abandonaron, ó que, no habiendo abrazado jamas el partido de la Nacion, constantemente siguieron desde un principio en el servicio de aquellos, sin haber podido ser adictos á las nuevas reformas.

Hablaré primero de los *Liberales*. No pretenderé, Señor, valerme de la *nulidad* de sus condenas por *indefensos*. En efecto, aunque fueron juzgados en tribunales, y sus penas V. M. (olvidándose de que la *clemencia* bien entendida es la virtud que mas brilla en un príncipe) *tubo á bien aumentarlas á casi todos*, excepto quando se les habia impuesto la pena capital; sin embargo, no se les concedieron los medios necesarios para justificarse. ¿Qué leyes, (era necesario dicesen los Jueces) debian dirigir, durante la ausencia de V. M. la conducta de los Españoles, sobre todo, la de los funcionarios públicos, ó de los que tenian gran influencia en la sociedad, en cuyo número estan compre-

hendididos los liberales? Sin este dato, á ninguno se le podia condenar, pues que nadie es criminal sin haber faltado á alguna ley, por aquel principio de *si non esset lex, non esset peccatum*. Ellos debian obedecer á las leyes, que V. M. había dexado al salir de España, ó á las nuevas hechas por los sucesivos gobernantes, ó á las que cada uno se formase. No creo que puedan suponerse otras.—¿Se dirá que debian dirigirse por la últimas? Esto, Señor, sería favorecer la anarquía, sistema destructor de todo orden social, y que tanto debe repugnar á un buen príncipe, y, aun si cabe, mas en un sistema, tal como el actual de España, en donde es un crimen suponer que la legislacion pueda tener otra base, otra fuerza, y otra razon que la máxîma constante de *Quod Principi placuit legis habet vigorem*.—¿Se dirá que debian dirigirse por las primeras? Esto, Señor, sería aun mayor absurdo, porque sería suponer que una Nacion puede existir, (á no ser en anarquía) sin persona, ó personas revestidas de facultades para proveer constantemente, segun lo requieran las necesidades; ó que existiendo esta persona ó personas, deban tener fuerza otras leyes que las suyas, por aquel principio de *illius est tollere, cujus est condere*. Ademas, si obedecian á estas, contra lo que les dictaba su heroismo, se verian precisados á esforzarse en favor de la dominacion del Con-

quistador, segun ellas lo encargaban tan repetidamente, y sería muy duro que V. M. ó vuestros Jueces los condenasen, por solo el hecho de defender los intereses de V. M., pues á no ser por este solo motivo ellos no podian ser condenados con arreglo á estas mismas leyes, no habiendo una que les prohibiese reunirse en Cortes, y constituir la Nacion del modo que estas tubiesen por conveniente, y de abolir las leyes anteriores.

Como es indudable, que no puede haber sociedad sin leyes, y que habiéndolas deben dirigir la conducta de todos los individuos; no pudiendo dirigirse los Españoles ni por las primeras, ni por las últimas, se infiere con la mayor evidencia que no debian dirigirse por otras que por las establecidas por sus nuevos Gobernantes. En tal caso ¿como es posible dar la menor apariencia de justicia á la sentencia que los condena, sin mas culpa que la de haber arreglado su conducta á lo que prescribian las leyes, que los debian dirigir, pues que todos sus cargos se reducen á haber sido marcadamente adictos á la Constitucion y á las nuevas reformas? ¿Se hallaban ó no se hallaban los Liberales revestidos de facultades para exâminar las leyes, que debian arreglar su conducta? Si lo primero, ¿por qué ley anterior, que hoy no deba existir? Si lo segundo ¿porqué castigarlos por haber hecho lo

que la ley les prevenia?—Quando reflexiono, Señor, en los desórdenes producidos por un resentimiento tan general, y á costa de una injusticia tan notoria é inaudita, me estremezco. Mas quando advierto que hubo simple artesano, que lleno de entusiasmo ácia el bien de su patria y aun de V. M., por solo haber dicho *Viva la Constitucion*, se halla condenado á seis años en los trabajos mas duros de un presidio,* preveo que un estado tal de cosas es demasiado violento, para que pueda ser duradero, y que sus consecuencias deben ser muy funestas.

Aunque estoy, Señor, muy distante de pertenecer al partido de los afrancesados, su causa se halla tan connexionada con los sucesos, de que se trata, que no debe parecer extraño que yo exponga en su favor á V. M. lo que exige la humanidad, y aun la justicia. Confieso de buena fé, que habiendo tomado las armas contra su Patria, ó habiéndose reunido con los enemigos, que las han tomado, ésta, sin faltar á la justicia, debia considerarlos como tales. Sin embargo, no hubiera podido menos de volver á admitirlos á su seno, atendiendo á los fuertes motivos que podrían alegarle para merecer su indulgencia, y olvido de lo pasado. Tal en

* N. Fojo, Sastre en la Coruña.—El célebre Sastre de Málaga, por menos aun, fué sentenciado á diez años, habiendo sido llevado antes hasta el pié de la horca, &c. &c. &c.

mi concepto hubiera sido su determinacion, si la vuelta de V. M. á España se hubiese retardado algun tiempo mas. En efecto, ¿ cómo las Córtes podrian menos de tener en consideracion la llaga, que se causaba á la Nacion con la pérdida de tanta gente, quando tanto carece de poblacion? ¿ Cómo podrian tampoco desentenderse que una gran parte, (los que entraron al servicio enemigo desde el mismo momento de la salida de V. M. hasta que la Nacion se levantó, época, en que se hallaban disueltos todos los vínculos, quando no de la sociedad Española, á lo menos de su Gobierno), podía decir que al abrazar su partido no había obrado contra vínculo ninguno que la ligase? ¿ Cómo podian dexar de tener presente que habituados á seguir ciegamente las órdenes del rey, estos hombres habian sido inducidos por las de V. M. á someterse al yugo del conquistador? ¿ Cómo negarse á sus solicitudes, quando los Afrancesados les dixesen que ellos habian creido de buena fé, que la España no podría resistir al poder de un enemigo tan poderoso, y que por lo mismo habian juzgado que oponérsele era aumentar sus males? ¿ En fin, cómo negarse á la indulgencia, quando dixesen : *nosotros, (segun la opinion de políticos de primer orden) habiamos creido que la conquista de nuestra Patria por los Franceses era un bien para ella, pues que la Conquista de un*

pais, habituado á la esclavitud y á groseros abusos, es el medio mas eficaz y seguro de adquirir la libertad, y nada mas funesto á una Nacion sin luces, que querer de repente y sin prévia educacion romper sus hierros?

Alegado todo esto á una Nacion tan generosa, y tan llena de gozo por su reciente triunfo, y á unas Córtes que tantos testimonios habian dado de su inclinacion á la indulgencia y blandura; los Afrancesados hubieran conseguido un completo perdon, y hubieran vuelto al seno de sus familias. Mas para con V. M. ellos no tenian que reclamar perdon, no habiendo cometido crimen alguno en seguir el partido enemigo de la Nacion, á no ser que se diga lo fuese obedecer los mandatos de V. M. ¿Cómo, Señor, la chocante contradiccion de imponerles castigos por haberse conformado á las leyes, que existian á la salida de V. M. y á los Liberales por no haberse conformado á ellas? ¿Los Ministros y Consejeros de V. M. en Valencia, sin exceptuar acaso uno solo, á no ser los extranjeros, no pertenecian al mismo partido? ¿Habia alguno entre todos ellos, que no se hallase manchado con el mismo crimen, y que no tubiese además el de haber variado mas veces de partido, segun el sol calentaba mas ó menos, y el de haber inducido á V. M. á formar el poco decente *tratado de Valencey*, por el qual V. M. se habia compro-

metido á garantirles todos sus derechos, servicios á favor de Napoleon, y empleos? ¿De qué modo podrá jamas cohonestarse una parcialidad tan chocante, y tan pública? ¿Por último, como se les podia imponer castigo, por no defender la Nacion, quando el gefe de ella, mas obligado que ninguno otro á protegerla, les habia dado el exemplo?

Reasumido lo principal de esta 1ª parte, se deduce, Señor, que el descontento de los pueblos no puede dexar de ser efecto de su mal gobierno. Que los reyes son hechos para los Pueblos, y no estos para aquellos. Que la única dignidad de un Principe es promover por todos medios la prosperidad de la Nacion. Que leyes positivas y escritas deben marcar y arreglar la conducta de los monarcas, igualmente que la de los súbditos, y que resistirse á esto es lo mismo que pretender que los reyes no tengan deberes que llenar, ó que teniéndolos, deban ser desconocidos, para no ser practicados, ó reclamados. Que V. M. no podia exercer legítimamente otra *Prerrogativa*, que tal qual la Nacion, reunida en Cortes, la habia concedido, ó tal qual en lo sucesivo la quisiese conceder, para promover el bien público. Que, segun dice nuestra ley de partida, *el Rey, que impide que su Pueblo sea rico, que adquiera luces, ó que se reuna para tratar de los intereses de la comunidad, se convierte en un Tirano*. Que los

Españoles, víctimas de la ambicion, del resentimiento, y de la envidia de un Partido despreciable, criminal, y enemigo de la libertad de su Patria, y de los progresos de la razon humana, son unos *héroes* castigados en razon de su heroismo, cuyas virtudes no pueden dejar de ser preconizadas por la posteridad, y son mas independientes y felices en el fondo mismo de los calabozos, que V. M. sentado en un trono, al que solo se acercan hombres que jamas dicen lo que piensan, ó que jamas piensan lo que deben. Que una Sociedad *sin Representacion Nacional*, y sin que estén divididos los *poderes legislativo y ejecutivo*, no puede dexar de ser una *Sociedad de esclavos*, tal como la de Argél, ó de Marruecos. Se deduce, en fin, que los Ministros que hablan en otro sentido á su rey, *son víboras y peste, tanto contra él, como contra su Patria*; y que quanto mas amargas son las verdades dichas á los Reyes, tanto mas dulce debe ser su fruto. V. M., Señor, en Valencia obró en medio del calor de la rabia de un partido encarnizado contra un partido indefenso; mas quatro años, la experiencia, y los males innegables de la Nacion deben desengañar ya á V. M. de las consecuencias de semejante desacierto, y dictarle medidas capaces de contener el progreso, que amenaza una ruina espantosa.

SEGUNDA PARTE.

Si las circunstancias, en que se hallaba la Nacion al tiempo en que V. M. la desamparó, eran las mas árduas y melancólicas, otro tanto satisfactorias y placenteras se presentaban las de la vuelta, si conducido por consejos de hombres, que tubiesen una mediana prevision, y no mas que un mediano amor de su Patria, V. M. no se hubiese dexado arrastrar de pasiones, que, si en otro Príncipe qualquiera tendrian poca disculpa, en V. M., por las circunstancias, eran imperdonables. En el mismo momento de haber conseguido el triunfo mas completo de una lucha, en que V. M. mismo, aunque mas obligado que nadie, no habia osado entrar por contemplarla muy desigual, y cuyo noble objeto habia sido *la independencia Nacional, una racional libertad civil, y el restablecimiento de V. M. á un trono, mucho mas firme, y sin duda mas legítimo* que el anterior, ¡quan fácil hubiera sido, Señor, en aquella época, en que V. M. era el único ídolo, á cuya prosperidad se dirigian los votos de los Españoles todos, haber recogido el fruto de tantos sacrificios por tan justos y tan grandiosos fines!

La Nacion habia formado ya una Constitucion, y aunque es forzoso confesarlo, en mi concepto con algunos errores, debidos seguramente

á las circunstancias, y que era muy facil enmendar; sin embargo muy suficiente, sino hubiese sido hecha pedazos por V. M., para prometernos con fundamento la felicidad de la Nacion. Entonces esta era respetada de las otras, y ninguna la hubiera insultado impunemente. Acababa de dar un testimonio nada equívoco de lo que era capaz de hacer, bien gobernada. La única dificultad, que podria ocurrir en el reinado de V. M. (prescindiendo de accidentes extraordinarios) para que conservase su rango, y para que sus mejoras en todos ramos progresasen con la posible rapidez, dependia solo de un buen sistema de Hacienda, y de la pacificación de las Américas. Las Córtes, (de lo que tal-vez no puede jactarse ningun gobierno de los tiempos modernos), sin haber contraido deuda alguna para soportar una guerra de seis años, sumamente dispendiosa, y en la que la mayor parte de sus pueblos ocupados, ó destruidos por los enemigos, no podia contribuir, habian establecido un sistema de contribucion, sinó el mejor que hubiese en toda la Europa, á lo menos el mas oportuno, y el menos gravoso para la Nacion, en lugar del anterior, seguramente el mas ruinoso para la industria, el menos productivo para el Fisco, y el mas opresivo para el individuo, (sobre todo de la clase mas pobre), de quantos tal-vez se conocen en todas las demas Naciones. Las Córtes tambien habian

adoptado el establecimiento, llamado del *Crédito Público*, que con poquísimas enmiendas sería utilísimo. Sus ventajas pronto serian sensibles en la agricultura, é industria, y por consiguiente en el comercio, sin contar la de proporcionar sobrados medios para satisfacer en menos de seis años toda la deuda Nacional, reconocida por vuestro augusto Padre. En quanto á la pacificacion de las Américas, beneficiadas con una Constitucion, cuyos derechos y privilegios eran los mismos para sus naturales, que los declarados y concedidos á los de la Metrópoli, estaba tan cerca de verificarse, que el gobierno de Buenos-Ayres inmediatamente que tubo noticia de la vuelta de V. M. creyendo que se reconocería la Constitucion, habia despachado comisionados con ámplios poderes para someterse á V. M.; mas con la noticia de lo acaëcido no han pasado de Lóndres.—No debe olvidarse que en aquella época apenas habia otras provincias levantadas, á no ser Buenos-Ayres, y Caracas.

Mas V. M. ó mejor diré, vuestros consejeros, que constantemente se habian opuesto á quantas medidas contribuían á la consecucion de una justa libertad civil, seduciendo á V. M. con lo que mas alhaga á los príncipes, que no tienen grandes virtudes, y grandes talentos, con un solo rasgo de pluma destruyeron toda nuestra felicidad: desvanecieron todas nuestras

esperanzas: y al júbilo de tan justos y reales goces substituyeron el llanto y el luto, las delaciones y los suplicios.

¡ Qué diferencia, Señor, considerada baxo su influencia política, ó en el rango de Nacion, de la España de Fernando, ó la España inmediatamente despues de la entrada de V. M. en Madrid,—á la España de las Córtes, ó á la España de los seis años anteriores! Esta, quando V. M. salió para Bayona, se hallaba sin rey, sin Autoridad Suprema, desprovista de antemano, á causa de la ineptia de un gobierno vicioso y nulo, (como lo son, mas ó menos, los de todos los pueblos sin Representacion Nacional), de casi todos sus recursos militares, y sin otros que las virtudes de sus naturales, y el noble estímulo de establecer una justa libertad, y con exércitos enemigos muy numerosos en su misma Capital y Plazas fuertes. Sin embargo de tan triste situacion, para defender la causa de la independenciam de todas las Naciones, y la seguridad de todas las Dinastías, no se arredra de entrar ella sola de todos los Pueblos Continentales en lucha con el hombre, que dictaba ya leyes á todo el Continente: con el hombre, ante quien se veían ya materialmente prosternados todos sus reyes: con el hombre en fin que por su poder colosal con una sola campaña de muy pocos meses habia despedazado y humillado la Prusia

hasta el punto de dudar dexasle el nombre de Nacion: y con otra de no mayor período desmembrado el Austria á su placer, imponiéndole las condiciones mas duras y vergonzosas, mendigadas por su mismo Gefé á costa de las mas penosas humillaciones, no obstante de tener por su aliado el imperio, despues de la Francia, mas poderoso de la Europa. La España de las Córtes, aunque pobre de soldados, (pues estaba muy lejos de contarlos por centenas de millares, como el Austria y la Prusia) supliendo esta escasez con una riqueza de heroismo, sostiene sin embargo su lucha, no durante pocos meses, ó durante una Campaña, sinó por seis años y despues de muchas campañas; y con tal teson, que seguramente hubiera considerado como un traidor de la Patria al Español, que se hubiese encargado de hablarle de sumision, ó al que quisiese tratar de paz, no presentando por preliminar, como *conditio sine qua non*, la integridad de su territorio, la evacuacion en la Península de todas las tropas enemigas, y la entrega de su rey cautivo. De aquí es que no ha habido Español, ó tan osado ó tan débil, que hubiese propuesto entrar en ajuste con Napoleon.

En el momento de concluir la lucha en que quedó destruido el poder, que tantos hombres, y principalmente tantos gobiernos habian creído indestructible, y poco menos que omni-

potente, comienza la Historia de la España de Fernando. Su contraste debe mortificar demasiado á todo Español, que aun conserve algun sentimiento de dignidad y orgullo Nacional, y deberia confundir á todos vuestros consejeros, si la obstinacion no fuese el compañero inseparable del error; mas aunque muy rápidamente es forzoso presentarlo, á fin de que se vean las consecuencias funestas de las medidas de V. M. La España de Fernando desde el primer momento de su existencia, aunque la anterior España tanta parte habia tenido en el triunfo del enemigo comun de toda la Europa, no merece enviar á París, no digo Ejércitos, para exigir, como las demas Naciones victoriosas, una justa indemnizacion, y los monumentos de las Artes, de que Napoleon la habia despojado, pero ni aun Agentes Diplomáticos para arreglar, de consuno con todas ellas, la suerte de su vencido enemigo. Ya los Gefes de estas consideran á la Nacion Española entera contaminada, como por un pecado original, por el tratado de Valencey, olvidándose que la España de las Córtes no habia tenido otra parte en él, que la de su total desaprobacion, y que, como ha dicho el Ministro Inglés, seguramente hubiera destruido todas las miras de los Aliados, si las Córtes por su decreto de dos de Febrero de 1814 no hubiesen paralizado todos sus efectos. Verificado

el Congreso de Viena, para arreglar por los Grandes Potentados la suerte de las Naciones, el Agente diplomático de la España de Fernando hace un papel tan pasivo, tan subalterno, y tan poco decente, que se humilla á publicar en los Diarios las únicas notas Diplomáticas que él habia tratado de presentar, relativas á la reclamacion de los Estados de Parma; no deteniéndose en la humillante confesion de que lo hacia así, porque los *Grandes Soberanos* no se habian dignado, ni aun á admitírselas para exâminarlas. Allí la España de Fernando, aunque tan inmediata á la otra España, es ya un mero cero al lado de aquellas Naciones, que poco habia, en algunos meses sucumbieran al poder que ésta resistia con impavidez: al lado de aquella misma Prusia, que con la derrota de Jena parecia deber haber desaparecido del catálogo de las Naciones, y que, aun en el dia con todas sus agregaciones por ningún respecto debería tener, (si la España se hallase con un Gobierno libre), el valor político de la sola Provincia Española, que en otro tiempo formó el imperio del gran Almanzor, uno de los mas florecientes y poderosos de la Europa en su tiempo. La Côte del Brasil envia un ejército á apoderarse de *Montevideo* y de la *Colonia del Sacramento*, y la España de Fernando no tiene ya otra fuerza, con que repeler esta agresion, que un memorial á los Grandes-

Soberanos para implorar socorro, ó justicia, como si la justicia entre Nacion y Nacion se hiciese por tan humillante medio, que no puede servir sino para poner de manifiesto la impotencia del monarca que lo abraza por único recurso, igualmente que su dependencia, tan incompatible con la verdadera *soberania*. Los Portugueses publican que se les dexé haberlas con sus vecinos, y á los Españoles de Fernando; qué otro recurso les queda sino aguantar tamaños insultos! Los Estados-Unidos se hacen dueños de la *Isla de la Amelia*, y de allí á poco de *Las-Floridas*, y la España de Fernando, sin tomar satisfaccion alguna pública, como exígia todo lo que no fuese la última degradacion, declarándose otra vez en tutela, se contenta con esperar su remedio en el patrocinio de los *Grandes-Soberanos*. Los Corsarios de Buenos-Ayres infestan las costas todas de la misma Península, y la España de Fernando no tiene ya medios para equipar un par de fragatas, que serian suficientes para proteger el cortísimo comercio de sus naturales. No trataré de hacer ver por extenso en este lugar, aunque oportuno, la opinion general de todos los países extrangeros acerca de la absoluta nulidad política de la España de Fernando, y de la alta consideracion, que han tenido de la España de las Cortes, porque seria necesario ocupar muchos pliegos. Para hacer ver lo primero, me

contentaré con el testimonio de un digno Miembro del Parlamento Británico, quando afirmó: “que Fernando, como amigo, nada “podia valer, y que como enemigo era del “todo despreciable.” Para hacer ver lo segundo, referiré las expresiones mismas de un Sabio Francés, hablando de los esfuerzos de la España de las Cortes, reducida al último rincón de la Península: “Jamás se ha sabido apreciar “bastante bien la elevacion de sentimientos, “que generalmente caracteriza á los Españoles: con hombres tales como ellos las Naciones tienen siempre recursos.”

Hé aquí, Señor, un pequenísimó bosquejo de la espantosa diferencia, considerada en sus relaciones exteriores, de la *España heroica de las Cortes*, á la *España nula de Fernando*: de la España con una Representacion Nacional á la España con un rey absoluto: de la España estimulada á promover sus mas sagrados intereses á la España forzada á no trabajar por otros, que los de un dueño, que no reconoce mas regla que su voluntad, y que se hace *Soberrano de hecho* de las leyes. Hé aquí toda la virtud mágica del decantado poder y grandeza de ese *monarca absoluto*, por el que tanto suspiraban vuestros consejeros. Hé aquí lo que esos enemigos de la España con Cortes, si no fuesen tan ciegos, y tan opuestos al orden, debian haber previsto, y procurado evitar. Hé

aquí finalmente, Señor, lo que sin duda preveían, y deseaban los enemigos, que, aparentando tomar el mayor interés en que se conservase ilesa la real prerrogativa, aconsejaron, y aun auxiliaron á V. M. para destruir el monumento de la prosperidad Nacional, exterminando al mismo tiempo á todos sus autores y partidarios, como enemigos del trono y del altar, llevándoles su saña hasta hacer que se declarase por crimen de *lesa-Magestad* el recuerdo mismo de las Córtes, y lo acaecido en ellas, para *quitarlas de enmedio del tiempo*, como dice vuestro Decreto de 4 de Mayo: medida idéntica á la de los reyes Asiáticos, quando mandan azotar el océano porque no ha respetado sus flotas.

Tal es, Señor, el resultado forzoso, y de ninguna manera accidental, de los consejos de los enemigos de la España con Córtes. Tal es la constante leccion que ofrecen los Anales de todas las naciones, y que vuestros consejeros no debían ignorar, si fuesen capaces de saber leer la historia, deduciendo de lo pasado para preveer en lo futuro, ó que si no lo ignoraban, debían haber patentizado á los ojos de V. M., si tubiesen la menor idea de probidad, á fin de precaver los males que nos afligen. Las batallas de Maraton, las Termópilas, Salamina, Platæa, y Micala, en las que quedaron por dos diferentes épocas destruidas todas las

fuerzas terrestres y navales de Darío y Xerxes, (los dos mas poderosos reyes de su tiempo), y ganadas por un Pueblo, que hoy no forma mas que una pequeña Provincia del débil imperio Otomano, son sucesos, que manifiestan hasta la evidencia que la época del heroismo, ó de la degradacion de las naciones depende únicamente de su buen ó mal gobierno. Los Pueblos sin libertad no pueden tomar interés en defender el Estado. Constantemente dirán en su interior lo que el Asno de la Fábula: “qualquiera que sea mi dueño nada me importa: mi suerte no puede empeorarse.”

Si la comparacion, considerada en el rango de nacion, de la España de las Córtes con la España de Fernando ofrece un contraste, el mas mortificante á la dignidad nacional, la comparacion de estas dos Españas, consideradas en su gobierno interior, ofrece el contraste mas sensible á la humanidad y á la razon. Por fortuna yo no me contemplo capaz de presentar éste Cuadro con sus verdaderos coloridos. Digo, Señor, por fortuna, porque ¿quien podría resistir el horror que inspirase? Por otra parte, con poco que se descubra, es facil percibir qual sea su verdadera imagen.

La España de las Córtes tenia un gobierno tan dulce y tan racional, que, á pesar de las tormentas indispensables en toda revolucion política, durante los quatro años de su dura-

cion no se ha impuesto á un solo individuo la pena capital por haber contrariado las nuevas instituciones. Los presos por semejante delito, en todo el Reyno, no creo llegasen á cuatro personas, y los que se habian emigrado no excedian de otras cuatro. “ El cúmulo de la “ perfeccion de las leyes, dice un Filósofo, “ seria hacer las prisiones inútiles. ¡ Quanto “ mas glorioso seria, en vez de algunos vanos “ monumentos de Artes, manifestar vacias “ nuestras cárceles á los Extranjeros! ¿Qué “ mejor testimonio se podria ofrecer de nues- “ tras virtudes, y de la sabiduria y justicia de “ nuestra legislacion y gobierno?” Hé aquí, Señor, en esta parte importantísima de la administracion de justicia, (tan necesaria para la pública tranquilidad,) el elogio menos equivoco, y mas apreciable, que puede hacerse de todo gobierno, y que no puede negarse á la España de las Córtes.

Pero por contraste, ¿qué ofrece la España de Fernando? Un monarca rescatado de un cautiverio á costa de torrentes de sangre, y de los mas penosos sacrificios, pero tan olvidado de sí mismo y de todo lo ocurrido, que, sin haber tomado ninguna parte en los trabajos y peligros de su rescate y de la independencia nacional, creyendo ser un crimen no recoger él solo el fruto de tanta constancia y heroísmo, y contemplándose perjudicado de que los representantes de la Nacion hubiesen marcado

por medio de leyes sábias los límites de sus facultades, y los derechos indudables de todos los Pueblos del mundo, á tan equivocada idea destina por primeras víctimas aquellos mismos hombres, que acababan de romper sus cadenas, y de salvar la Patria. Un monarca, que, dominado de protervos, y no dando acogida sino á quantos respiran sangre y venganza, hace de la España entera una Nacion de delatores y perseguidos, de carceleros y encarcelados, de verdugos y de víctimas.* Un monarca, cuyos mandatos subsiguientes al exterminio de aquellos hombres, á quienes debia el trono y la libertad, temiendo que le falte la variedad de medios de exterminar, son el restablecimiento de la tortura, de la horca, y de la confiscacion de las propiedades, todo abolido por las Córtes. Un monarca, que á pesar de ofrecer gobernar como

* No obstante la multitud de cárceles, de que abunda España, (como todo país de un gobierno absoluto, en donde el temor es el único vínculo, que mantiene la sociedad en un reposo sepulcral), á la entrada de V. M. en Madrid se destinaron varios de los mayores Conventos para prisiones, y lo mismo ha sucedido en las mas de las capitales de Provincias. ¡Qué testimonio, Señor, tan terrible de las virtudes de los Españoles, ó de la perfeccion y justicia de vuestro gobierno! Dilaciones y pretextos para no establecer quanto pueda servir de beneficio y consuelo á la humanidad, y precipitacion y facilidad de medios á quanto pueda servir para aumentar la opresion y los suplicios, segun el mejor pintor del corazon humano, es la política que constantemente dirige á los príncipes que abusan de su autoridad.

un buen rey y padre de sus Pueblos, y segun *las luces y cultura de las naciones de la Europa*, uno de sus primeros cuidados es la reposicion de aquel tribunal de horror y sangre, cuyo instituto es asesinar á quantos osan opinar otra cosa, que lo que dictan sus inexôrables ministros, quienes imponen por deber de Religion delatar el hijo al padre, y la esposa al marido. Un gobierno en cuyos tribunales de justicia se condena á la muerte por acciones, que no son determinadas criminales, sinó por leyes futuras, y (aun sin haber cometido estas mismas acciones, al tiempo de su execucion inocentes) al que hubiese sido convidado á verificarlas.* Un gobierno, en donde no se escriben otros periódicos que los que justifican, y promueven tan escandalosa é inaudita persecucion, elogiando como las primeras virtudes sociales la delacion y la venganza. Una Nacion, cuyo Gobierno considera como peligrosos y criminales á todos

* Yo he sido condenado á la pena capital con confiscacion de todos mis bienes ; y una de las principales razones en que los jueces fundan la sentencia, cosa bien extraña en las de los tribunales de España, es por “ haber sido elegido “ presidente de la reunion en el café de Apolo de Cadiz, y “ que aunque no se ha verificado, (añaden) el que yo hubiese aceptado este encargo, sin embargo la sola eleccion “ prueba bien quales serian mis ideas, quando tanta consideracion gozaba con los que asistian á dicha reunion, que “ ella misma por otra parte no estaba prohibida por ninguna “ ley anterior.”

los hombres de luces y de virtudes, y que no da acogida á otros que los que adquieren reputacion á costa del honor. Una Nacion en donde los sicofantas del monarca, aparentando ser la única clase, en quien se hallan vinculadas todas las luces, y el derecho de dirigir la opinion general, y no haciendo otra profesion que la de aprobar bueno ó malo quanto dispone su Señor, aseguran, sin el menor rubor ni consideracion á la pública moral y decencia, que todas las operaciones del rey son dictadas por la sabiduria misma, con el solo objeto de la felicidad de su Pueblo, y que la clemencia y la liberalidad son las virtudes características del Gefe, en cuyo nombre salen autorizados todos estos atentados. Una Nacion pero ¿ á donde me dejo arrastrar? Mi silencio debe decir mucho mas que puede expresar mi pluma. El menor intervalo de reflexion, Señor, sobre este, por desgracia, demasiado verídico retablo, ¿ qué impresiones tan amargas no debe ofrecer á V. M., por mas que vuestros sicofantas apuren su language, preparado con arte, para borrarlas ó endulzarlas! ¡ Ah! ¿ quien es el que se liberta de oír aquella voz importuna, que castiga en secreto todos nuestros crímenes y extravios!

La naturaleza de este escrito no permite que me detenga á exponer á V. M. los sufrimientos de tantas víctimas, condenadas á destierros, á castillos, á galeras, á presidios, y á suplicios capitales, ademas de los que han tenido la for-

tuna de fugarse. Si algun dia, como es de esperar, se escribe esta Historia con imparcialidad y filosofia, la España de Fernando hará estremecerse la humanidad, y no sé si diga á quantos en su corazon tratasen aun de soportar un gobierno absoluto, en donde el destino de los hombres no puede ser otro que devorarse mutuamente. Tampoco me detendré á describir el estado de la Hacienda, tan deplorable, que no ofrece exemplo igual otra nacion, pareciendo un fenómeno increíble que se sostenga un Gobierno, cuya deuda Nacional no se paga, cuyo crédito es enteramente nulo, cuyas tropas (á excepcion de algunos cuerpos privilegiados) mendigan su subsistencia hasta el punto de haberse muerto de hambre algunos oficiales; cuya marina ya no existe, cuyos empleados ó no se pagan, ó reciben clandestinamente sus sueldos, cuyos pueblos no pueden tener industria ni comercio, y cuyos gastos se acrecientan diariamente al mismo tiempo que se disminuyen sus ingresos, á pesar de tantas vanas promesas en los decantados planes del Ministro de este ramo, y á pesar de quantos se puedan hacer, mientras no se varíe el sistema de un Gobierno, que no puede menos de convertir lo productivo en improductivo, y de hacer que la nacion mas favorecida por la Naturaleza (á causa de la bondad de su clima, de sus mas ricas é indígenas producciones, y de

su mejor localidad) sea la mas pobre de todas las de la Europa. Mas creo indispensable para el desempeño de esta 2ª parte, presentar un bosquejo de la opinion general de los Españoles, pues ella debe hacer conocer, mejor que ninguna otra cosa, el estado de la Nacion y lo que V. M. tiene que temer. Por último, para llenar el objeto que me he propuesto exponer en esta 2ª parte, haré algunas observaciones acerca de las circunstancias en que se halla la España con respecto á las Américas.

Que la Nacion amenaza con una terrible tormenta, tanto por su descontento interno como por el estado de las Américas, podrá dudarlo únicamente, quien no se halle enterado de los testimonios de disgusto, que, tanto Españoles como Americanos, han dado contra el actual sistema de Gobierno; quien no conozca el caracter del Pueblo Español; ó quien no haya meditado en los sucesos que preceden á las revoluciones. La España, considerada baxo qualquiera de estos dos aspectos, amenaza, Señor, hacer mudanzas muy funestas á la conservacion de la Dinastia de V. M., y no creo equivocarme, aunque añada, y al reposo de las demás Naciones: porque ¿quien podrá persuadirse que suceda una revolucion política en España, sin que la Francia, en donde aun existe mucho germen de disgusto, no se conmueva? ¿Como es creible tampoco que si se

E

verifica una revolucion en España, dexe de manifestarse con una tendencia á establecer un Gobierno-Democrático, cuyo exemplo incomode altamente al sistema de los reyes? Digo, Señor, esto, porque V. M. con una persecucion tan inaudita, y con un Gobierno el mas absoluto, y contrario á las luces del dia, y á la opinion general, á cuyo torrente no hay poder, que resista mucho tiempo, ha hecho demasiado ominosa la causa de los *Legítimos*. Ademias, verificada la revolucion, nada tendria de extraño el que la España, que tanto habia trabajado en la causa de los reyes, resentida de que estos nada hubiesen hecho para aliviarle las cadenas, tratase de formar un gobierno Republicano.

En menos de cuatro años despues de la vuelta de V. M. de Francia, á pesar de ser los Españoles, tal vez de todos los Pueblos de la Europa los mas adictos á sus reyes, pues la Historia no ofrece el exemplo de un solo rey decapitado, ó depuesto por la Nacion, ni asesinado por alguno de sus súbditos, ni aun de levantamientos de los Pueblos directamente contra la persona del monarca, han ocurrido repetidos acaecimientos, que sino forman una excepcion de lo que se acaba de decir, á lo menos ofrecen pruebas muy convincentes de que no es vaga la congetura de la tormenta que yo preveo. El *General-Mina* tomó armas

para resistir el poder ilimitado de V. M.—El *General-Portier* hizo otro tanto, dando un *Manifiesto á la Nacion* de los motivos, que le impelían á ésta última medida, á que todo súbdito se halla autorizado por las leyes de la naturaleza, por las de nuestras Partidas, y aun por la doctrina de los sostenedores del poder absoluto de los reyes, quando estos se resisten á hacer la felicidad de sus súbditos. La empresa del *Comisario Richard*, segun la comun opinion, se dirigia al mismo intento, bien que por medios muchos mas duros y violentos. La conspiracion malograda de Valencia no tenia otro objeto. Finalmente, la revolucion intentada por el *General Lacy*, y cuyo rompimiento estuvo tan próximo, se dirigia igualmente á variar el actual sistema de Gobierno, y á restablecer el destruido, ó uno que se le pareciese. Tantos actos repetidos en tan corto período, no obstante la desgraciada suerte de sus autores, manifiestan el teson del caracter nacional, y hacen ver que al fin los Españoles sacudirán el yugo, y que al cabo triunfará la opinion, como ha triunfado constantemente, siendo el mismo Napoleon, cuyo poder era mucho mas irresistible, un reciente é indudable testimonio de esta verdad.

¿Quales pueden ser los sucesos precursores de una tormenta política, si no lo son estos en un pais no habituado á ellos en épocas

anteriores? ¿Qué pruebas mas convincentes del gran descontento, ni qual otro el momento de sacudir un Pueblo el yugo que le abruma, que quando tanto se le apura la medida de su sufrimiento? ¿Qué Nacion del mundo, por otra parte, ha dado testimonios mas claros, en todas las edades, de su constancia en quanto una vez emprende? ¿Qué Nacion de la Europa opuso á la dominacion de los Romanos ni mas larga, ni mas obstinada resistencia? ¿Qué otra sostubo una guerra continuada de ocho siglos para repeler la total dominacion de los Arabes? ¿Qué otra finalmente en los tiempos actuales, á pesar de verse casi reducida al recinto de una Ciudad, ha mantenido contra Napoleon una guerra de seis años, sin pensar jamas en sometersele, ni en tratar de condiciones de paz? Estos testimonios, Señor, de que por tantos motivos V. M. debia gloriarse, hacen ver que el descontento no se aplacará, á no ser por los medios que dictan la razon y las luces de la actual época, en un todo conformes á la verdadera grandeza de la real Prerrogativa. Empeñarse en contrariarlos, es, Señor, hacer cada dia el mal mas incurable, y menos segura la conservacion de vuestra Dinastía.

Los Consejeros de V. M. han hecho muchos mas Liberales que todas las nuevas Instituciones, y han dado un impulso mucho mayor

á la pública opinion en favor de este Partido, que el que habian dado las mismas Cortes. No podia menos de suceder así, quando no hay artesano, ni hombre del campo, que no perciba que el actual gobierno ha perdido toda su fuerza moral, no teniendo poder sino para hacer el mal, y siendo absolutamente nulo é impotente, para quanto pueda ser útil á la comunidad: que el sistema de persecucion, que en razon de su injusticia engendra siempre la constancia y los prosélitos, va en aumento, y por consiguiente el número de descontentos: que las necesidades públicas y particulares cada dia se hacen mas sensibles: que V. M. nada ha cumplido de quanto prometió á la Nacion, para apoderarse del mando sin traba ni freno alguno, como si los reyes no debiesen estar sometidos á ciertas leyes: que no se corre á la fortuna, (que en España se reduce á los empleos,) á no ser por el camino de la esclavitud; y que en los tribunales de justicia las leyes son impotentes contra la intriga, el dinero y el influxo. Si hay algo de exâgerado, Señor, en toda esta *Exposicion*, que vuestros consejeros lo desmientan con un solo hecho; pero estoy bien seguro que la guerra, que harán á este escrito, no será la de desacreditarlo ni con *hechos*, ni con *razones*, el único justo medio de poder impugnarlo; y, por el contrario, que incomodará á todos ellos única-

mente por las verdades que encierra, y en razon de la parte de convencimiento que estas lleven consigo.

A qualquiera parte que vuelvan los ojos los Españoles no ven mas que lástimas. Dentro de la Península no se les presenta sino el cuadro de la injusticia, de la miseria y de la esclavitud. Si atienden á las Américas, en vez de ofrecerles estas un mercado para llevar sus producciones, y en retorno traer otras muy preciosas, (que el hábito de tres siglos hizo ya artículos de primera necesidad), y una parte de Nacion unida con la Peninsula por vínculos de mutuo interés, que haga su union indisoluble, y una sola comunidad grande, y verdaderamente respetable, ya no les ofrecen sino un campo para ir forzados á hacer una guerra desastrosa, con el solo objeto de que se impongan á sus naturales las mismas cadenas que todos los buenos Españoles tratan de romper, y en la qual sus mismos triunfos no pueden dejar de convertirse contra su propia libertad: un pais, que, como los resultados de los desastros de los reyes por desgracia recargan siempre sobre los súbditos, detestará á todos los Españoles, pues aunque forzados, y á quienes una buena crítica por consiguiente debería contemplar mas bien dignos de compasion que de odio, sin embargo los mirará únicamente como instrumentos de un ciego

despotismo: una sima, en fin, que, mientras continúe el presente brutal sistema de opresión, va á tragar mucha sangre Española, y los pocos recursos que restan á la Península, sin probabilidad de otro éxito que la total pérdida de las Américas, y la ruina entera de la España, si es que los males de esta pueden aun aumentarse. Si echan finalmente sus miradas sobre las otras Naciones, no ven otra cosa que su absoluta nulidad política, su degradación, é insultos de todas especies. ¡ Infeliz alternativa la de la España: si en guerra, nada gana; si en paz, todo lo pierde!!! Quando los males de una Nación llegan á este punto, son ya tan sensibles, que á pesar del hábito de sufrir, los Pueblos comienzan á murmurar, y de allí á poco principian á hablar de su remedio. La opinión pública entonces ya no puede mantenerse encadenada aun en los gobiernos mas absolutos, ni ser dirigida por los interesados en los abusos. De un modo ó de otro hay una explosión: en los países sin luces *contra los autores de los males*; en los países de luces *contra el sistema que los produce*. Por poco entonces que se golpee á la puerta, el ruido se hace sentir por los que estan dentro, cuyo sueño ya no es tan profundo como solia ser, y como quisieran sus gobernantes.

Algunos ó ignorando, ó aparentando ignorar los sucesos de la España, sin detenerse en la

moral mas detestable, han tratado de disculpar el gobierno de V. M. suponiendo ser el único que permiten las luces de la España, comparándonos con los mismos Turcos. Tal vez, Señor, esto ha sido mas bien para ocultar los que han tenido la principal parte en la ruina de nuestra libertad, seduciendo á V. M., que para hacer créer su misma asercion. Pero los hechos referidos y otros aun mas claros, que no creo deber publicar, manifiestan que los Españoles no soportan con gusto las cadenas que llevan, y que no se les hubiera impuesto éstas á no ser por la sorpresa, por el prestigio de que V. M. gozaba, y por el auxilio que manos pérfidas prestaron á V. M., y de que otras han privado á la Nacion. Seguramente es forzoso confesar que el actual sistema no puede tener otro apoyo, que en la falta de luces en la masa general, pero estas mas ó menos se han visto ya en España, y seria, Señor, un suceso muy raro que verdades nuevas en política, una vez anunciadas en un pais, dexasen al fin de triunfar, por mas fuerte que sea la resistencia que se les oponga. Satisfaciendo á esto un sabio escritor Frances, se expresa con tanta verdad como erudicion del modo siguiente. “ Que se cese
 “ de decir que el estado de la España no de-
 “ xaba la eleccion de la manera de gobernarla :
 “ y que gobernarla contra lo que exíge la li-
 “ beralidad era gobernarla segun sus luces y

“ sus deseos. Hablar de este modo es calumniar á la vez á la España y á la humanidad. “ Es calumniar á la España atribuirle esa falta “ de generosidad y de luces, esa necesidad de “ venganzas y de tinieblas. Por el contrario “ la España está llena de hombres generosos é “ ilustrados: hemos quedado admirados quando “ la suerte nos conduxo á ella.”

Para concluir esta 2ª parte resta, Señor, hablar de la situacion de la España, con respecto á las Américas, materia mucho mas delicada por la mayor divergencia de opiniones: por su mayor obscuridad, no dependiendo su resolucion, como en todas las anteriormente expuestas, de los principios luminosos que no puede desconocer ninguna persona, que de buena fé quiera hacer uso de su razon: por el acaloramiento de dos partidos en actual contienda: y, mas que todo, por el resultado, que naturalmente debe seguirse en la Europa entera de la suerte futura de las Américas, tanto en razon del comercio, como tal vez de un nuevo sistema de política. Tal complicacion de intereses y de interesados, en que creo comprendidas, mas ó menos, todas las Naciones de los dos Continentes, hace este asunto mucho mas árduo, y es seguramente la causa de oir todos los dias sostener opiniones las mas opuestas, sin que hasta ahora ninguno de dos únicos Partidos haya presentado en su favor razones

tan poderosas que hubiese logrado fixar la opinion general. De aquí igualmente la conducta obscura y fluctuante de los gobiernos de la Europa con respecto á las Américas; política, cuyo fruto me persuado recogerán por entero los Anglo-Americanos.

Aunque perseguido por V. M., y prófugo, soy, Señor, un verdadero Español, y como tal no puedo menos de desear á mi patria toda la felicidad posible. Por consecuencia anhele el que las Américas permanezcan reünidas con la Metrópoli y que formen con ella una misma sociedad. Considero como criminal al Español que, siendo compatible esta reunion con la libertad y prosperidad de las Américas, trate de su separacion. Pero aun antes que Español soy hombre, es decir, pertenezco á una familia aun mas grande, mas respetable, y cuyas obligaciones, bien entendidas, sin estar en contradiccion con las de la familia nacional, (de que el nacimiento ó una eleccion posterior nos hace individuos), son aun mas inviolables, y mas sagradas: existian anteriormente á la formacion de las Naciones y no pudieron ser abolidas por las contrahidas al tiempo de formarse estas. El amor de la Patria tiene sus límites marcados por la conveniencia mutua de todos los hombres de diferentes paises, límites que por ninguno de sus extremos es permitido á nadie traspasar, por mas que pudiese resultar

un beneficio para aquella. Toda sociedad, cuya formacion no sea para reciproco interés de todos sus individuos no puede ser justa y racional, y jamas abogaré en favor de una, que no tenga este principio por base, aunque de ella resultase el engrandecimiento de mi Patria. Por lo tanto mi deseo, de que las Américas conserven su reunión con la España, formando una sola Nacion, no se extiende hasta el punto de que sea á costa, no digo de la libertad de aquellas, pero ni aun de otros intereses, sean los que sean. Quanto pueda, pues, decir alusivo á esta materia, deberá, Señor, entenderse en el sentido que acabó de expresar en este párrafo, por mas que por falta de claridad en mis expresiones pueda aparecer otra cosa en lo que aún diga.

Perezca el nuevo Mundo, sino ha de pertenecer á la *legitimidad*, (dicen unos)—Repúblicanizense las Américas, si se desea su libertad y que haya un mercado importantísimo para el comercio de todas las Naciones Europeas, (dicen otros)—Sosténganse los derechos del *légítimo soberano*, y hágase la guerra á los Rebeldes y Jacobinos Americanos, (repiten aquellos)—Socórrase la causa de la independencia, y auxíliese á los Patriotas de la América Española, (repiten estos)—Hé aquí, Señor, dos opiniones diametralmente opuestas, y las solas anunciadas hasta el presente, y sostenidas

ambas con calor en la única Nacion Europea, que puede influir en la suerte de aquel vasto y precioso continente, que va á escaparse á V. M. de las manos, debido, igualmente que todos los otros males de la Nacion, á los consejos de esos enemigos de la España con Córtes, ó mejor diré, á esos enemigos de V. M. y de la humanidad entera.

Si la primera de estas dos opiniones (en mi concepto) es impia, é irrealizable, considero la segunda funesta al sistema de los reyes, es decir, á la conservacion de los tronos, á la influencia y tranquilidad de la Sociedad-Europea, y aun á la misma consolidacion y verdadera libertad de los nuevos Gobiernos, que puedan establecerse en las Américas;—y me persuado que puede adoptarse una (de la que hablaré en la 3ª parte), que, sin participar de ninguno de los inconvenientes de las dos, hasta aquí enunciadas, reuna todas las ventajas de ambas, y los intereses de los dos partidos; es decir capaz de reparar los males de la España; de tranquilizar las Américas asegurándoles su libertad y prosperidad; de calmar los recelos de los partidarios de la causa de los reyes; de proporcionar al comercio de todas las Naciones de la Europa iguales ventajas, que pudieran tener separadas las Américas de la Metrópoli; y de hacer adquirir á V. M. el amor de sus pueblos, en el que consiste la verdadera grandeza de un

monarca, y la conservacion de su dinastia en quanto lo permite la fluctuacion de las cosas humanas.—Exâminar una por una estas proposiciones es lo único que me resta exponer á V. M. en esta 2ª parte.

Digo, Señor, *que es impia la opinion de los que pretenden que perezca el nuevo Mundo, si no ha de pertenecer á la Legitimidad*, porque la ley primera, que el autor de la Naturaleza impuso al hombre, es la de la propia conservacion, ó, lo que es idéntico, la de su felicidad. Por esta ley, superior á quantas pueden exîstir, todas las sociedades tienen la facultad inamisible de variar la forma de gobierno, de elegir sus gobernantes, y de deponerlos con arreglo á las leyes que los Pueblos establezcan. De lo contrario, á lo menos en muchos casos, habría otra superior á esta ley primitiva, cuya opinion es seguramente la mas impia de quantas la baxeza, ó la tirania ha podido inventar. Aunque el nacimiento ó la sucesion, segun las leyes positivas de cada Nacion, debe sin duda formar una parte de la *legitimidad* de un monarca, sin embargo su principal *legitimidad* debe consistir en hacer la felicidad de sus Pueblos, sin cuya circunstancia es una impiedad decir que estos pertenecen á la *legitimidad*. Nuestra ley de Partida asegura que en este caso *el dominio legitimo se convierte en torticero y que los Pueblos se deben levantar para resistirlo*.

Digo, Señor, que la creo *irrealizable*: porque, como Napoleón aseguró con fundamento á los Polacos: “Una Nacion que se empeña “ en ser libre, tiene siempre medios para serlo “ y nadie suficiente poder para destruir á viva “ fuerza su libertad y su independencia.”—La experiencia de todas las edades manifiesta esta verdad. La Historia de Grecia y Roma, tantas veces atacadas, y tantas veces triunfantes quando luchaban por defender su libertad y su independencia, ofrece repetidos testimonios en épocas mas remotas. La de los Países-Baxos, de la República-Helvética, de los Estados-Unidos, la de la Revolucion-Francesa, y la de la independencia de la España, comprueban la misma verdad. Si se atiende por otra parte á los débiles medios que V. M. tiene; un plan de subyugar las Américas solo podrá concebirse, ó, mejor diré, proponerse por los mismos autores, sino de todos nuestros males, á lo menos de su continuación. Sin dinero, sin marina, con soldados mal-mantenidos y forzados á pelear contra su misma libertad, y contra sus parientes y amigos, y con diminucion diaria de todos estos mismos escasos medios, es, Señor, el cúmulo del delirio persuadirse que Pueblos que luchan por su libertad, cuyas fuerzas y auxilios se aumentan diariamente, y que se hallan á tanta distancia, puedan ser sometidos por la fuerza á un dominio

que detestan, y que no les ofrece ninguna futura perspectiva de felicidad. Las condiciones indicadas por V. M. en la *Nota* pasada á los Grandes Soberanos, en vez de presentarles algun aliciente para que se sometan, no sirven mas que para descubrir la insensatez de vuestros consejeros, y la continuacion del mismo sistema de opresion. Ofrecer, Señor, *amnistia* á un partido victorioso, ó que á lo menos opone la fuerza á la fuerza, es un fenómeno en política, que estaba reservado á vuestros Ministros. Las ofertas de libertad de comercio, si es que son tales las que V. M. les promete, tampoco deben ser un atractivo para hombres, que luchan por conseguir su libertad civil, de que V. M. se desentiende por el todo, como si absolutamente no se tratase de semejante asunto, y solo se recuerda que no se perjudiquen los derechos y dignidad del trono. ¡Cuitada política la de tales Ministros:—aparentar que intentan hacer algo en favor de la justicia, quando descubren los lazos, que preparan para acabar de encadenar la libertad! Además ¿se les promete otra garantía mas segura, que la concedida á los Afrancesados por el tratado de Valencey, y á la Nacion entera por el Decreto de 4 de Mayo, una y otra burladas sin el menor remordimiento de parte de vuestros consejeros? Señor, entre los reyes absolutos y sus Pueblos ni hay, ni puede haber

otra garantía segura que la de la fuerza, y es correr á ponerse las cadenas los que se fian en otra. Quando todos los datos, (sin excepcion de uno solo,) no estuviesen en favor de mi opinion, á lo menos para con V. M. no se necesitaria otra prueba que la suerte de los que dieron á V. M. el trono y la libertad.

Los Anglo-Americanos, cuyo poder V. M. debe conocer demasiado, han dado ya muchas pruebas de que no mirarán con indiferencia una lucha, en que se combate para destruir los principios constitutivos de su gobierno, y por establecer los diametralmente opuestos. Saben bien que la *Legitimidad* miraria como sumamente peligroso en la Eùropa, un sistema de gobierno igual al suyo, y que establecida en las Américas, á pesar de la variacion de clima y de suelo, no por eso cambiaria de principios políticos. Por razon de un interés tan importante es de creer que harán los mayores esfuerzos para que el Continente-Americano no pertenezca á la *Legitimidad*. Otro interés, poco menos grande, es la influéncia indudable que ellos van á tener en todas las Américas, una vez que estas se constituyan en un gobierno Democrático.—Por otra parte, ellos no pueden temer los sacrificios de la lucha de tan preciosos intereses, aun quando los reyes todos de la Europa emprendiesen auxiliár á V. M., porque saben que esta guerra

sería muy antipopular en toda la Europa, por no decir muy expuesta á todas las Dinastias actuales, quando no lo fuese al mismo sistema de *Legitimidad*, mientras no se varíe el actual de monarquias absolutas, contra el que se halla muy decidida la opinion-general, que es la que siempre produce las grandes Revoluciones, la que causa las grandes mudanzas, y la que al fin triunfa de quanto se le opone. En efecto, haber reconocido la independenciam de los nuevos Gobiernos-Americanos, es haber ya dado un paso muy avanzado para persuadirse que gratuitamente vuelvan á reconocer el dominio de V. M. en aquellas Provincias. En su política este paso seguramente tendrá algun valor, y no será una mera arbitraria fórmula diplomática, como la de los Gobiernos-Europeos, que á pesar de haber reconocido el gobierno de las Cortes de Cadiz, reconocieron á V. M. aun antes de entrar en Madrid, sin entenderse para esto con aquel. Tal-vez, si no fuese por este paso, nuestra libertad no hubiera perecido, como lo comprueba el *Bando* de vuestro gobernador de Cadiz, el General Villavicencio, en el que para aplacar é intimidar al Pueblo amotinado, ni alegaba otros derechos en favor de V. M., ni otras amenazas indirectas, que el decir habia sido reconocido V. M. por todos los Soberanos de la Europa.

Considero la segunda opinion *funesta al sis-*

tema de los reyes, es decir, á la conservacion de los tronos, &c.—Hasta aquí he procurado presentar con la mayor imparcialidad á V. M. todos los inconvenientes de la opinion de uno de los dos Partidos; ahora trataré de exponer con igual ingenuidad los funestos resultados de la opinion del otro Partido.—Desde la Revolucion de los Anglo-Americanos, escritores sábios en política han anunciado que pronto el Continente-Americano dominaría al Europëo por sus opiniones y por sus armas, y sin duda la época presente anuncia el gran trastorno, que, verificado, me persuado realizará muy luego esta profecía política. Desde la guerra de aquellos hasta el presente, todas las guerras sucesivas no tubieron por objeto tratados de comercio, ó extension de territorio, como las anteriores desde la abolicion del Feudalismo:—en todas aquellas la lucha ha sido entre las nuevas y las añejas opiniones; para conservar el poder absoluto tal qual los mas de los Monarcas lo habian exercido desde esta época, ó para disminuirlo, marcando sus facultades por medio de leyes positivas, y declarando los derechos de los Pueblos. En todas ellas, mas ó menos, las ventajas han sido de parte de las nuevas opiniones. En la de los Anglo-Americanos el triunfo estuvo enteramente de parte de estas: en la de la Revolucion Francesa, tambien han ganado considera-

blemente, pues de sus resultas la Francia tiene una Constitucion, de que carecia; no sufre los privilegios opresivos de su antigua nobleza; disfruta una completa tolerancia de opiniones y cultos religiosos; se halla libre de la gran carga de frailes; y no paga diezmos; ventajas todas de la mayor importancia. La de la Revolucion-Española, (cuya conclusion sería un delirio suponer), aunque á primera vista no parece tener ventajas en su favor, sin embargo las tiene muy reales. Sus Colonias, aunque en actual contienda, estan muy distantes de que vuelvan á sufrir la opresion de su antiguo gobierno. Este resultado, quando no produzca la libertad de la Metrópoli, que sería un suceso bastante extraño, á lo menos proporcionará á todos los Españoles, que quieran ser libres, una Patria, en donde lo sean. Por último, ha producido que la opinion general deteste el sistema de Inquisicion, de frailes y de gobierno absoluto, y sería lo mas inconsecuente con todo cálculo político, y con todo dato anterior, que al fin ésta opinion dexé de triunfar.

De todo lo expuesto se infiere, Señor, que quanto mas se sostenga la lucha de las opiniones nuevas y antiguas, mas seguro será el triunfo de aquellas y mas funesto el resultado para el sistema de los reyes. Pero lo mas lastimoso aún es que esta lucha no cesará, por establecerse todas las Américas en Gobiernos-

Democráticos.—El odio entre gobiernos Republicanos y Monárquicos en todas las edades ha sido recíproco y muy decidido. Constantemente, quando se han podido contrabalancear, han estado en lucha para extender uno y otro sus principios: y en todas las Repúblicas la pasión de la ambición ha sido siempre mucho mas dominante que en las monarquias. Republicanizadas las Américas-Españolas, se sigue inmediatamente la pérdida de todas las Colonias de las otras Naciones-Europeas. Vuestro augusto Abuelo, quando dió auxilio á los Anglo-Americanos para levantarse, estaba muy distante de preveer el resultado de la lucha, pero luego que vió instaurado su nuevo Gobierno, conoció inmediatamente el error, y que las Américas-Españolas pronto harían otro tanto; y por lo mismo aunque la Francia y aun la misma Inglaterra habian reconocido la independencia y soberanía de los Estados-Unidos, se resistió á hacer otro tanto por espacio de un año. Si los hombres de alguna prevision desde el primer momento de haberse constituido el gobierno de los Anglo-Americanos han anunciado igual suerte á todo aquel Continente,—constituidas en República las Américas-Españolas, ¿quien podrá dudar que las otras Colonias de todas las demas Naciones-Europeas seguirán muy pronto igual suerte?

Qual sea despues de esto el resultado que se

siga, ni yo me contemplo capaz de anunciarlo, ni aún-quando lo fuese, seria esta la oportunidad de presentarlo. Pero si diré que uniformado todo el Continente-Americano y sus Islas en un Gobierno-Democrático, siempre ambicioso y activo, constante y natural enemigo de toda monarquia, por su naturaleza mas económico que lo puede ser (aun con el mayor arreglo) uno monárquico, con un terreno de triple extension que la Europa, de un clima mucho mas favorecido por la Naturaleza, en donde ninguna produccion del globo terráqueo es exótica, y con todo lo necesario para formar flotas mayores acaso que las que pueden formarse en las otras tres partes del mundo, no puede dudarse que su poder y su influencia serán irresistibles á la familia Europæa. Creer que estos mismos recursos servirán para que los Americanos se ocupen solo en disfrutarlos, es, Señor, no conocer el corazon de los hombres, ni la pasion favorita de un Gobierno-Republicano. Suponer que se pasarán muchos siglos, ó muchos años en tener una superioridad decidida sobre la Europa, es no querer atender al poder adquirido por los Anglo-Americanos en tan corto tiempo, y en el terreno **mucho** peor de toda la América. Estas reflexiones, y otras muchas mas, me hacen, Señor, creer que si se realiza la opinion del segundo partido, sus resultados deben ser muy funestos al sistema

de los reyes, y á la influencia y tranquilidad de la Sociedad-Europea.

Hé dicho, Señor, que consideraba la opinion del segundo Partido *como funesta äun á la consolidacion y verdadera libertad de las Américas-Españolas*.—Aunque tal vez á V. M. parecerá inoportuna semejante discusion en este escrito, sin embargo he creído que no sería supérflua, porque si V. M. se penetra de lo que en este particular expongo, no dudo que con mas facilidad se dignará acceder á las medidas que juzgo deben adoptarse;—además, conviene que V. M. no ignore las razones que se pueden oponer por los que resisten los desêos de V. M.

Si fuese posible que hombres, acalorados en una lucha, no obrasen por espíritu de partido, ó lo que es lo mismo, estuviesen dispuestos á convencerse de buena fê,—para hacer penetrarse de la verdad de mi opinion á los Americanos-Españoles, que luchan por su independencia, me contentaría con preguntarles ¿porqué no son ya libres al cabo de ocho años que llevan de lucha, en la qual la fuerza que V. M. les opuso es tan débil y miserable que ni aun merece el nombre de oposicion? ¿Porqué Buenos-Aires, el nuevo Gobierno mas bien consolidado, sufre impunemente á los Portugueses apoderarse de Montevideó, y á un partidario en su mismo territorio con un puñado de hombres ejercer la soberania, y no

reconocer mas autoridad que la suya? Yo no creo se pueda dar otra respuesta verdaderamente satisfactoria á una persona sensata, á no ser ei que los Pueblos levantados no conocen bastante bien lo que vale la libertad, ó que no tienen suficientes virtudes para hacer por ella los sacrificios que merece, y siendo esto cierto ¿cómo se les puede contemplar dispuestos para aspirar á una libertad-republicana? En todas las revoluciones se invoca siempre el nombre de la libertad, pero en casi todas los sacrificios son dirigidos á la licencia, á la ambicion, á la avaricia, ó á la venganza.

Si los partidarios de la segunda opinion se atubiesen únicamente á abogar en favor de la libertad de las Américas-Españolas, nada creo se les podría oponer que no fuese un insulto hecho á la humanidad. Semejante beneficio por ningun pretexto se puede dexar de conceder á todos los hombres y á todos los Pueblos, por mas corrompidos ó ignorantes que sean. Mas estan muy distantes de atenerse á esta sola reclamacion :—aparentando ignorar que son dos cuestiones diferentes la de la *libertad* y la de la *independencia* (ó *separacion de la Metrópoli*), las hermosas razones con que aquella puede y debe ser apoyada, las aplican indistintamente á esta, ó, sin llegar aún á tanto, de ellas deducen como una consecuencia forzosa la independencia de las Américas. En los de-

fensores de aquella veo los verdaderos amantes de la libertad; en los abogados de esta veo los enemigos de mi Nacion;—y en los sostenedores de las dos cuestiones indistintamente, como si fuesen una sola, veo hombres equivocados, que pueden pertenecer á la clase de aquellos ó de estos. Quando se haga ver que la independencia es indispensable para la libertad, entonces convendré en la opinion de los últimos; —pero ¿cómo es posible hacer ver esto quando son dos cosas tan diferentes, y quando es mucho mas difícil, y se necesitan muchos mas medios para conseguir la independencia y la libertad juntas, que la libertad sola?

Los partidarios de la independencia con mucho fundamento dicen que si V. M. desea que se verifique sin derramamiento de sangre la pacificacion de las Américas, que V. M. haga el experimento de un gobierno sábio, y humano en las colonias no levantadas; que se pongan justos límites á la arbitrariedad que exercen los Virreyes y Audiencias; que se establezca una Representacion-Nacional para hacer las leyes é imponer las contribuciones; y sobre todo que V. M. inspire confianza en sus promesas por una victoria sobre sí-mismo, haciendo ver que ya está aplacada la sed de venganzas por el fácil testimonio de sacar de los calabozos tantas víctimas inocentes y beneméritas, para restituirlas al seno de sus familias

y á sus anteriores empleos y destinos. Pero á ellos se les pudiera decir : “ si vosotros deseáis
 “ únicamente vuestra libertad, y vuestra prosperidad, ¿ á qué constituíros en Gobiernos-
 “ Democráticos, que no pueden menos de
 “ excitar los celos de todos los reyes, y comprometer la consecucion de tan importantes
 “ beneficios? ¿ A qué constituíros en Naciones
 “ ó Gobiernos-independientes, que no pueden
 “ menos de trastornar el equilibrio político,
 “ establecido en la parte mas ilustrada y poderosa del mundo, con detrimento de la Nación de que formábais parte, pudiendo conseguir todo aquello, á que sois acreedores,
 “ por medios que no produgesen estos inconvenientes?”

Si los Americanos Españoles se hubiesen atendido á proclamar únicamente su libertad, constituyendo un Gobierno-provisional, y asegurando al mismo tiempo que no trataban de separarse de la comunidad á que pertenecían, sino interinamente, mientras el resto de la comunidad formaba su Constitucion, y V. M. ó vuestro sucesor la aceptaban, pasarían por unos héroes á los ojos de sus hermanos los Españoles, nada tendrían que recelar de los reyes de las otras Naciones, y el resultado sería conseguir mucho mas facilmente su libertad y la prosperidad de su Patria, teniendo al mismo tiempo la gloria de ser ellos los res-

tauradores de la libertad de todos los Españoles. De este modo se salvaría también la integridad de la Nación, de lo que ningun individuo se puede desentender, pues las Naciones no solo lisongéan su orgullo en ser grandes, sino que tienen una verdadera conveniencia en serlo.

Pero aun suponiendo que el Gobierno-Democrático sea mejor que una monarquía bien constituida, aun en ese caso creería que la opinion de los del segundo partido era perjudicial á la consolidacion y verdadera libertad de las Américas-Españolas. Se suele decir que *lo mejor es el mayor enemigo de lo bueno*, y si ésta máxima es cierta, en ninguna ocasion se podria aplicar con mas verdad y mas oportunamente que á un Pueblo, que del letargo del despotismo trata de repente de constituirse en un Gobierno-Democrático. La idea (dice un filósofo) de obedecer y mandar á un mismo tiempo, de ser súbdito, y soberano á la vez, exige demasiadas luces y combinaciones para que pueda ser, ni bien manejada, ni bien percibida sin una prévia y larga educacion de los pueblos. Además, las virtudes mismas tienen necesidad de medida, y deben temer el exceso de su práctica. En especulacion podemos ir tan lexos como nos agrade... elevarnos hasta lo infinito; pero en la practica, en la realidad hay un término, en que es oportuno detenerse.

TERCERA PARTE.

La ley sola, Señor, es la que debe arreglar el uso de la autoridad. Quando así se verifica, ésta no es un yugo para los Pueblos: es únicamente una regla indispensable, que los conduce gustosos en el cumplimiento de sus obligaciones. El abuso de la autoridad, lexos de extenderla, la enerva, y por último la destruye por el todo: y no puede menos de haber abuso siempre que la autoridad no sea dimanada de leyes fixas, y establecidas por la Nacion misma ó sus Representantes. Supuesto este principio, y con arreglo á lo que V. M. tiene ofrecido en gran parte á la Nacion entera, á la faz de la Eüropa, las medidas que contemplo que V. M. está precisado á adoptar, para hacer la felicidad de sus Pueblos, se reducen á las siete siguientes resoluciones.

- 1.º. Declarar nulo todo lo obrado en tan ilegal persecucion, ofreciendo reparar (del modo posible) todos los daños y perjuicios irrogados á tanta víctima inocente.
- 2.º. Convocar inmediatamente las Cortes ó Representantes de la Nacion, elegidos (por ahora) con arreglo á lo prevenido por las últimas, sin

perjuicio de que en lo sucesivo se nombre una *Cámara-alta*, compuesta de *Grandes, Nobles, y Alto-Clero*, elegidos temporal ó perpetuamente por V. M., pero cuya Institucion se determine por las nuevas leyes fundamentales.

3º. Despachar Comisionados á todas las Provincias-levantadas de las Américas, con ámplios poderes para tratar con sus Gobiernos ó Congresos, sin exígir de parte de V. M. otra condicion, que el que formen una misma Nacion con la España reconociendo á V. M. por rey, y dexando enteramente á su arbitrio todas las demas condiciones.

4º. Declarar inmediatamente permitida la libertad de la imprenta, hasta la determinacion de las nuevas Córtes, sometida á las leyes establecidas por las últimas.

5º. La abolicion del tribunal de la Inquisicion.

6º. Declarar desde el momento, como ley irrevocable, baxo la aprobacion de las futuras Córtes, la libertad absoluta y general de comercio á todas las Américas, para que puedan traficar con todas las naciones del mundo, recibiendo en sus puertos los buques de estas, y pudiendo llevar sus producciones y géneros de industria al mercado extrangero, que les acomode, siéndoles igualmente permitido cultivar las cosechas que tengan por conveniente, y

establecer las fábricas que les acomode, sin necesidad de ulteriores permisos*.

7°. Una amnistia general á todos los llamados Afrancesados, con restitucion de sus propiedades secuestradas.

Tales, son, Señor, las medidas que juzgo indispensables para hacer la felicidad de la Nacion y de V. M. Ellas solas, ó con muy pocas modificaciones, pueden asegurar la tranquilidad pública, aplacar el general descontento, tranquilizar las Américas, conciliar los intereses de

* En mi obra del *Exámen imparcial sobre las disenciones de la América*, (impresa en Cadiz en 1812), creo haber demostrado hasta la evidencia, que la decadencia de la agricultura, industria y comercio de la España, es debida á no haberse permitido esta libertad á todas las Naciones, y que quanto mas se disminuyan los impuestos de *Aduanas* en las importaciones y exportaciones, así de géneros extrangeros como naturales, tanto mas progresarían los tres ramos en la Península y en las Américas. Por último, prescindiendo de la política equivocada de todas las demas Naciones, creo haber tambien demostrado en dicha obra que la España progresaría aún mas rápidamente, si aboliese por entero todas sus Aduanas, aun quando las otras Naciones conserven las suyas. Qualquiera persona, que medite imparcialmente dicha obra, se convencerá de que admitida la absoluta libertad de comercio, que en ella se propone, jamás pueden entrar en contradiccion los intereses de diferentes naciones.

todas las Naciones, como igualmente de los otros reyes, y de inspirar á los súbditos de V. M. aquel amor, que es el único apoyo sólido de los tronos, y aquel patriotismo que produce el valor invencible, sin el qual ninguna nacion puede dexar de sufrir las mayores degradaciones é insultos de las demás, y con el qual jamás ninguna será insultada, ó si lo es, no lo sufrirá impunemente.

¡Qué gloria, Señor, podrá compararse con la que proporcione á V. M. la facil resolucion de lo que acabo de proponer! Ella os ganará el corazon de todos vuestros súbditos, porque ella sola puede hacerlos felices. Si, Señor, es forzoso ser útil á los hombres para ser amado de los hombres. Además de que un príncipe no puede ser justo sino quando usa de su autoridad para beneficio de los que se la han confiado. Esto solo es lo que constituye la verdadera magestad de un monarca, y todo lo demas es una magestad imaginária, ó puramente nominal, y tan pasagera como el viento. No olvide V. M. la sabia leccion que Bonaparte dió á todos los reyes, quando en su caida hace la confesion mas ingénua, que hizo talvez en su vida: *Pequé contra las ideas liberales, y todo lo hé perdido.*

El Cielo prospere la vida de V. M. para rea-

lizar los grandes objetos que se exponen en esta Representacion. Lóndres y Septiembre 21 de 1818.

Señor.

A. L. R. P. de V. M.

ALVARO FLOREZ ESTRADA.

FIN.

para los grandes objetos de la vida
esta representación. La obra es
de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura

A. L. B. de M.
de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura

de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura

de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura

de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura

de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura

de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura
de la escuela de la pintura

1848

España.